

A p r e n d a a h a b l a r

*sin hacer
preguntas*

e l a r t e d e e s t a r s i n p r e g u n t a r

p o r c a t t o

AI-assisted

Aprenda a hablar sin hacer preguntas

nueve capítulos sobre la palabra que no pide

Compuesto en L^AT_EX con la tipografía Latin Modern,
heredera del diseño de Donald E. Knuth
para el sistema T_EX.

MMXXVI

Índice

1	La pregunta como ritual	1
2	Por qué uno pregunta	9
3	El interrogatorio invisible	17
4	Lo que queda en quien responde	25
5	Renunciar a dirigir	32
6	Decir en lugar de preguntar	40
7	Una pausa en el día del otro	47
8	Ni salvador ni iluminado	55
9	Volverse ineludible sin proponérselo	62

Capítulo 1

La pregunta como ritual

Hay un gesto que ocurre casi siempre que dos personas se encuentran, y que ocurre tan rápido que no se lo ve. Antes de que cualquiera de los dos haya tenido tiempo de mirar al otro, de notar su cara, de registrar si viene apurado o si viene triste, ya hay una pregunta en el aire. “¿Cómo andás?” “¿Todo bien?” “¿Qué hacés por acá?” La pregunta sale antes que el pensamiento. No es una decisión. Es un reflejo, como el de extender la mano o el de apartarse cuando alguien viene de frente. Uno la dice sin haberla elegido, y el otro la responde sin haberla escuchado del todo, y los dos siguen su camino con la sensación tranquila de haber cumplido con algo.

Lo notable no es que esto pase. Lo notable es que pase siempre, en todas partes, entre toda clase de personas, y que casi nadie se haya detenido a mirarlo. Hay una maquinaria silenciosa que se enciende en cuanto dos seres humanos quedan a la distancia de una voz, y esa maquinaria produce preguntas. No produce afirmaciones, no produce observaciones, no produce gestos de presencia. Produce preguntas. Como si el único modo conocido de acercarse a otro fuera interrogarlo, aunque sea con suavidad, aunque sea sin querer.

Conviene empezar por la más gastada de todas, la que está tan desgastada que ya casi no significa nada: “¿cómo estás?”. Es la moneda más usada del trato humano, y como toda moneda muy usada, ha perdido el relieve. Uno la dice y no espera respuesta. Mejor dicho, espera una respuesta exacta, una sola, la que confirma que todo sigue en orden: “bien”. Si el otro contestara de verdad, si se detuviera y dijera “la verdad es que estoy bastante mal, no dormí, tengo un problema que no sé cómo resolver”, el que preguntó se quedaría desconcertado. Porque la pregunta nunca fue una pregunta. Fue un saludo disfrazado de pregunta. Y sin embargo conserva la forma de la pregunta, y esa forma hace su trabajo en silencio: le pide al otro que se ubique, que se mida, que produzca un veredicto sobre su propio estado y lo entregue ahí mismo, en la vereda, en dos segundos.

Para la mayoría de las veces, ese veredicto es fácil de dar. Uno dice “bien” y no miente del todo ni dice la verdad del todo, y el asunto se cierra. Pero hay días en que no se está bien, y entonces esa pregunta tan inocente se vuelve una pequeña trampa. Obliga a elegir entre mentir o abrir una puerta que el momento no puede sostener. Uno termina diciendo “bien” con una voz que no lo dice, y se va con la incomodidad de haberse traicionado en algo mínimo. La pregunta no quiso eso. Nadie quiso eso. Pero el ritual, una vez que se pone en marcha, no le pregunta a nadie si quiere participar.

Hay otra forma de saludar, y existe, y la usa la gente sin teorizarla. En lugar de preguntar cómo está el otro, se le dice algo. “Qué bueno cruzarte.” “Tenés buena cara hoy.” “Justo pensaba en vos el otro día.” Ninguna de esas frases pide nada. Ninguna obliga a producir un informe. Y sin embargo todas hacen lo que la pregunta pretendía hacer y no hacía: acercan, reconocen, abren. La diferencia es sutil pero es enorme. “¿Cómo estás?” pone al otro en posición de rendir cuentas, aunque sea de su humor. “Qué bueno cruzarte” no le pide nada: le ofrece algo. Y cuando uno recibe algo en lugar de que le pidan algo, baja la guardia sin darse cuenta, y la conversación, si va a haber conversación, empieza desde un lugar más limpio.

Conviene detenerse en esa palabra: ritual. Un ritual es una secuencia de gestos que se repite sin que nadie recuerde ya por qué empezó, y que se sostiene no porque sirva sino porque se hace. Tiene la fuerza de lo que siempre fue así. Uno aprende los rituales de chico, antes de poder examinarlos, y los hereda enteros, sin manual de instrucciones. A un niño se le enseña a preguntar “¿cómo está, señora?” mucho antes de que pueda entender qué significa interesarse por el estado de otra persona. Se le enseña la forma vacía y se confía en que el contenido llegará después. A veces llega. Muchas veces no llega nunca, y la persona crece repitiendo durante toda su vida una pregunta que jamás quiso hacer.

Esto es importante porque cambia el modo de mirar el asunto. No se trata de que la gente sea hipócrita cuando pregunta “¿cómo estás?” sin querer la respuesta. La hipocresía supone una intención de engañar, y acá no hay tal intención. Hay algo más profundo y más inocente: una conducta aprendida que funciona sola, que se transmite de generación en generación como se transmite el modo de tomar los cubiertos o de saludar con la cabeza. Nadie eligió empezar a preguntar de este modo. Cada uno lo recibió ya hecho y lo pasó adelante sin tocarlo. Por eso este libro no condena a quien pregunta. Sería como condenar a alguien por hablar el idioma que le enseñaron. Lo único que propone, por ahora, es mirar el idioma. Verlo. Notar que está ahí, funcionando, decidiendo cosas por uno.

Porque la pregunta, aun la más liviana, nunca es del todo neutral. Tiene una dirección. Le señala al otro hacia dónde tiene que ir con su respuesta. Cuando alguien que hace tiempo que no se ve aparece en la esquina y suelta “¿y? ¿qué es de tu vida?”, esa pregunta parece abierta, generosa, llena de interés. Pero mírese de cerca lo que pide. Pide un resumen. Pide que el otro condense meses o años de existencia en un par de frases presentables, y que lo haga ahí, de pie, con el ruido de la calle alrededor. Pide, sobre todo, que ese resumen tenga forma de logro o al menos de avance. Porque la pregunta “¿qué es de tu vida?” trae adentro, sin decirlo, una expectativa: que la vida sea algo, que vaya hacia algún lado, que pueda contarse como una historia con progreso. Y si la vida

de la persona en ese momento no va hacia ningún lado, si está atravesando un tiempo confuso o detenido o doloroso, la pregunta la pone contra la pared. La obliga a inventar un avance que no siente, o a confesar un estancamiento que no quería confesar en la esquina, a las apuradas, con el semáforo en verde.

Ahí está el corazón de lo que este libro quiere mostrar. La pregunta cotidiana, esa que parece la forma más natural de interesarse por alguien, muchas veces produce exactamente lo contrario del interés: produce presión. Una presión finísima, casi imperceptible, que el otro no siempre sabría nombrar pero que siente. Sale de la conversación apenas más cansado de lo que entró. Y el que preguntó se va con la conciencia tranquila, convencido de haber sido amable, sin sospechar que dejó al otro con una pequeña deuda: la deuda de haber tenido que dar cuenta de sí mismo sin haberlo pedido.

Cuando se ve esto una vez, ya no se deja de ver. Empieza a notarse en todos lados. En el “¿saliste anoche?” que parece curiosidad y es una forma de averiguar si el otro hace su vida del modo que uno espera. En el “¿todavía estás en aquello?” que parece interés por el trabajo del otro y trae adentro la pregunta de si no debería ya haber cambiado, crecido, ascendido. En el “¿no comés?” que parece preocupación y es vigilancia. Cada una de estas frases tiene la forma amable de la pregunta y el contenido oculto de la evaluación. No se las dice con maldad. Se las dice porque son las que están a mano, las únicas que el ritual entrega. Pero cada una deja su marca pequeña, y muchas marcas pequeñas, a lo largo de un día, hacen una jornada de sentirse examinado.

Hay una escena que muestra el ritual en su forma más pura, y es la del encuentro hecho enteramente de preguntas. Dos personas que se conocen se cruzan, y lo que sigue es una sucesión de preguntas que ninguno de los dos contesta de verdad. “¿Cómo andás?” “Bien, ¿vos?” “Ahí, tirando. ¿Y la familia?” “Todos bien, gracias a Dios. ¿Y los chicos?” “Grandes ya, ni te cuento. ¿Seguís en el mismo laburo?” “Sí, ahí sigo. Bueno, te dejo, que ando corriendo.” Si uno transcribe ese diálogo y lo lee con cuidado, descubre al-

go asombroso: no se transmitió ninguna información. Nadie supo realmente cómo estaba el otro, ni cómo estaban sus hijos, ni qué pasaba en su trabajo. Hubo movimiento, hubo sonido, hubo la sensación de un encuentro afectuoso, pero nada pasó de una persona a la otra. Las preguntas no se hicieron para saber. Se hicieron para llenar el tiempo del cruce con algo que sonara a interés. Cada uno disparó las suyas y devolvió las del otro, como en un peloteo cortés donde lo importante no es el contenido sino mantener la pelota en el aire hasta que el semáforo cambie y cada cual pueda seguir su camino. Y lo curioso es que los dos se van con una vaga satisfacción, la de haberse saludado bien, sin notar que pasaron un minuto entero hablando y no se dijeron absolutamente nada. El ritual funcionó a la perfección, que es justamente el problema: funcionó tan bien que ocupó todo el lugar donde podría haber ocurrido algo.

Y existe otro camino. No es un truco ni una técnica; es apenas un cambio en la dirección de lo que uno dice. En lugar de pedirle al otro que se cuente, se le cuenta algo, o se nombra lo que está pasando entre los dos en ese momento. A quien aparece en la esquina después de mucho tiempo, en vez de “¿qué es de tu vida?”, uno puede decirle “me alegra verte la cara, tenía ganas de cruzarte alguna vez”. No hay pregunta. No hay deuda. No hay resumen que dar. El otro queda libre de responder lo que quiera, o de no responder nada y simplemente quedarse un rato, que muchas veces es lo único que hacía falta. Si tiene ganas de contar su vida, la va a contar, pero porque le nació, no porque se la reclamaron. Y lo que se cuenta porque nace tiene una temperatura completamente distinta de lo que se cuenta porque lo pidieron.

Acá conviene una aclaración, porque es fácil malentender la propuesta y convertirla en otra cosa. No se trata de no decir nunca una pregunta. Sería absurdo, y además imposible. Hay preguntas que sirven, que son necesarias, que abren de verdad. Cuando alguien acaba de contar algo importante y uno dice “¿y vos cómo lo viviste?”, esa pregunta no interroga: acompaña. Lo que este libro mira no es la pregunta en general, sino la pregunta automática,

la que sale sola, la que se usa como saludo o como relleno o como modo de mostrar un interés que no se sabe mostrar de otra manera. La pregunta que está ahí no porque uno quiera saber algo, sino porque no se le ocurrió ninguna otra cosa que poner en el lugar del silencio.

Porque de eso se trata, en el fondo: del miedo al silencio. La pregunta es la herramienta más rápida para no quedarse callado, y quedarse callado, frente a otro, todavía nos resulta intolerable. El silencio se siente como un vacío que hay que tapar urgente, y la pregunta es la tapa más a mano. Uno pregunta para no soportar el segundo de nada que se abre cuando dos personas se encuentran y todavía no se dijeron nada. Pero ese segundo de nada no es un problema. Es el lugar donde podría empezar algo verdadero, si se lo dejara existir un instante más. La pregunta apurada lo clausura. Llena el hueco antes de que el hueco pueda ofrecer lo suyo.

Vale la pena imaginar la escena con detalle, porque es la escena de todos los días. Dos personas que se conocen se ven venir de lejos por la vereda. Hay unos segundos de aproximación en los que cada uno ya sabe que va a tener que decir algo. Esa anticipación, esa pequeña tensión de “ya viene el momento de hablar”, es precisamente lo que dispara la pregunta. Se llega al encuentro con la pregunta ya cargada, lista para disparar, porque tenerla lista evita el riesgo de quedarse sin nada. Y así, lo primero que reciben dos personas que se aprecian, después de no verse durante meses, es un disparo. Amable, sí. Bienintencionado, seguro. Pero un disparo al fin: algo que el otro tiene que devolver.

Imáginese, en cambio, llegar a ese encuentro sin la pregunta cargada. Llegar con las manos vacías, dispuesto a ver primero quién es el que tengo enfrente antes de decir nada. Mirar la cara del otro. Notar si viene liviano o cargado, si tiene apuro o tiene tiempo, si la cara dice una cosa y la sonrisa dice otra. Y recién entonces, desde lo que uno vio y no desde lo que traía preparado, decir algo. A veces va a ser un comentario sobre el día, sobre el sol que por fin salió, sobre lo raro de cruzarse justo ahí. A veces va a ser nombrar el gusto del encuentro. A veces no va a ser nada,

apenas una mano en el hombro y una sonrisa, y va a alcanzar de sobra. Lo que cambia no es solamente lo que se dice. Lo que cambia es que uno deja de llegar armado.

Esto no se aprende de un día para el otro, y este libro no promete que se aprenda rápido. El ritual de la pregunta tiene años de práctica, está grabado hondo, sale antes que la voluntad. Las primeras veces que uno intente no preguntar va a sentir la pregunta empujando para salir, va a quedarse a mitad de camino, va a decir “¿cómo es...?” y frenar sin saber bien con qué seguir. Es esperable. Lo que se está intentando no es cambiar una palabra por otra, sino cambiar la disposición entera con la que uno se acerca a otro ser humano. Eso lleva tiempo. Y el primer paso, el único que importa por ahora, es ver. Ver el ritual mientras ocurre. Notar la pregunta saliendo. No para reprimirla con culpa, sino para empezar a reconocer su forma, su peso, la pequeña presión que deja.

Quien empieza a mirar esto descubre algo incómodo y liberador a la vez. Incómodo, porque se da cuenta de cuántas veces, en un día, convierte sin querer su afecto en interrogatorio. Cuántas veces quiso decir “te quiero, me importás” y dijo, en cambio, “¿comiste?”, “¿llegaste bien?”, “¿por qué no me avisaste?”. Liberador, porque entiende que no hay nada roto en él: hay un idioma heredado que puede aprender a hablar de otro modo. El afecto siempre estuvo. Lo que faltaba era una forma de decirlo que no se disfrazara de control, una manera de estar cerca que no le pasara la cuenta al otro.

Lo que sigue en este libro es, en buena medida, el desarrollo paciente de esa forma. Pero nada de lo que venga después tiene sentido si antes no se hace esto que el primer capítulo pide, que es lo más simple y lo más difícil: prestar atención. Escucharse hablar. Sorprenderse a uno mismo preguntando, una y otra vez, durante un día entero, y anotar mentalmente cuántas de esas preguntas querían de verdad una respuesta y cuántas eran apenas el ritual funcionando solo. El número, casi siempre, sorprende. Y esa sorpresa es el comienzo de todo lo demás. No porque revele un

defecto, sino porque revela un margen: todo ese espacio donde, hasta ahora, uno hablaba en automático, y donde de ahora en más podría empezar a elegir.

Capítulo 2

Por qué uno pregunta

Vista desde afuera, la pregunta cotidiana parece un hábito vacío, una cáscara que se repite por inercia. Pero ningún hábito se sostiene durante toda una vida si no le da algo a quien lo practica. Si uno pregunta tanto, si la pregunta sale antes que el pensamiento y vuelve una y otra vez aunque nadie la necesite, es porque adentro de uno hay algo que la pregunta calma. No se repite por nada lo que se repite tanto. Y para entender de verdad este modo de hablar —no para condenarlo, sino para poder salir de él— hace falta mirar qué es eso que la pregunta viene a calmar.

Lo primero que hay que decir es incómodo, porque toca el amor. Buena parte de las preguntas que uno hace, sobre todo a las personas que más quiere, nacen del miedo a no ocupar ya un lugar en su vida. Preguntar es una manera de poner un pie en la puerta. Es decir, sin decirlo: todavía estoy acá, todavía cuento en tu mundo, todavía tengo derecho a saber. Cuando un padre o una madre llena de preguntas a un hijo que crece, casi nunca es porque le interese de verdad cada dato que pide. Es porque siente que ese hijo se le está yendo hacia una vida propia donde él ya no entra, y la pregunta es lo único que se le ocurre para sostener el hilo. Cada “¿adónde vas?”, cada “¿con quién?”, cada “¿a qué

hora volvés?” es, por debajo, la misma frase repetida: no me dejes afuera, todavía soy parte de esto.

El problema es que esa súplica, disfrazada de pregunta, produce justamente lo contrario de lo que busca. Imagínese la escena tan común de un hijo que ya hizo su vida y vuelve a visitar a su madre después de un tiempo. Entra por la puerta y antes de sacarse el abrigo ya cayó la primera ronda: “¿Comiste? ¿Estás durmiendo bien? Te veo más flaco. ¿Cómo va el trabajo? ¿Seguís con esa chica? ¿Por qué no llamás más seguido?”. Ninguna de esas preguntas es malintencionada. Todas son, en el fondo, amor con forma de interrogatorio. Pero el hijo, que entró con ganas de estar, siente que la visita se le convirtió en un examen apenas cruzó el umbral. Y hace lo que casi todos hacemos cuando nos interrogan: se cierra. Contesta con monosílabos, “bien”, “sí”, “está todo bien”, y se guarda lo que de verdad le pasa. La madre, que preguntó por miedo a perderlo, termina perdiéndolo un poco más en esa misma mesa, porque el hijo que se siente examinado no se entrega. Así, la pregunta que nació para acercar termina cavando la distancia que más se temía.

Y existe otra manera de empezar ese reencuentro. La madre que en lugar de disparar la ronda de preguntas le dice al hijo, simplemente, “qué bueno tenerte acá, te extrañaba” hace algo completamente distinto. No le pide nada. No lo pone a rendir cuentas de su peso, su sueño, su trabajo ni su pareja. Le ofrece un lugar y lo deja entrar a su ritmo. Y entonces ocurre algo curioso: el hijo que no fue interrogado suele contar mucho más que el que fue acibillado a preguntas. Porque cuenta desde la libertad y no desde la obligación, y lo que se cuenta libremente sale más hondo. La madre se entera, al final de la tarde, de cosas que jamás habría sacado con su cuestionario, y se entera porque dejó de pedir las. Hay una paradoja que recorre todo este asunto: cuanto menos se exige saber del otro, más termina el otro mostrando.

Pero el miedo a perder el lugar no es la única raíz. Hay otra, más sutil, que tiene que ver con no saber cómo se dice el cariño. Mucha gente quiere a los suyos con una intensidad enorme y no

tiene ninguna palabra para esa intensidad. Nunca le enseñaron a decir “te quiero”, “te extraño”, “me importás”, “tengo miedo de que te pase algo”. Esas frases le resultan demasiado desnudas, demasiado expuestas. Entonces el afecto, que igual existe y empuja por salir, busca una salida disfrazada, y la disfraz que encuentra es la pregunta. “¿Comiste?” quiere decir “me importa que estés bien”. “¿Llegaste?” quiere decir “tenía miedo de que te pasara algo en el camino”. “¿Por qué no me avisaste?” quiere decir “me dolió quedar afuera de algo tuyo”. El amor está entero adentro de esas preguntas, pero llega traducido a un idioma que el otro recibe como control. Y ahí se produce el malentendido más triste de la vida familiar: uno da amor y el otro recibe vigilancia, y los dos quedan insatisfechos sin entender por qué.

Vale la pena detenerse en ese “¿por qué no me avisaste?”, porque es de las preguntas que más daño hacen pareciendo las más inocentes. En la superficie pide una explicación: quiere saber el motivo por el cual el otro no comunicó algo. Pero nadie que dice “¿por qué no me avisaste?” está esperando de verdad una razón. Lo que está diciendo, por debajo, es un reproche: me dejaste afuera, no me tuviste en cuenta, no ocupé en tu cabeza el lugar que yo creía ocupar. La pregunta llega con forma de curiosidad y aterrizaja como acusación. Y el que la recibe se pone a la defensiva, inventa una excusa, “no te quise molestar”, “no era importante”, y la conversación se enreda en una pelea por algo que nunca fue el tema. El tema era el cariño herido, y el cariño herido se escondió detrás de una pregunta.

Lo mismo que estaba debajo del reproche podía decirse de frente, y entonces todo cambia. “Me hubiera gustado enterarme por vos, me importa lo que te pasa” dice exactamente lo que la pregunta quería decir, pero sin la trampa. No acusa. No pide que el otro se justifique. Nombra el deseo de cercanía sin convertirlo en una falta del otro. El que recibe esa frase no se pone a la defensiva, porque no hay nada de qué defenderse: hay alguien que le está mostrando que querría estar más cerca. Y ante eso, lo natural no es excusarse sino acercarse. La diferencia entre “¿por

qué no me avisaste?” y “me hubiera gustado enterarme por vos” es la diferencia entre una puerta que se cierra y una que se abre, y las dos frases tardan lo mismo en decirse.

Esta confusión entre amor y vigilancia se ve con nitidez en algo tan común como la llamada telefónica entre padres e hijos que viven lejos. La llamada empieza y, antes de que pase un minuto, ya se convirtió en una sucesión de controles: “¿estás bien?, ¿comés bien?, ¿no te resfriaste con este frío?, ¿estás cuidándote?, ¿dormiste algo?”. El hijo contesta que sí a todo, mecánicamente, y la llamada se vacía, porque después de pasar revista no queda mucho más para decirse. Los dos cuelgan con la sensación de haber hablado y de no haberse encontrado. Y, sin embargo, lo que el que llamó quería era encontrarse, no inspeccionar. Si esa misma llamada empezara con un “te llamé porque me acordé de vos y tenía ganas de escucharte”, diría con claridad lo que el cuestionario apenas insinúa, y la conversación tendría adónde ir, porque no habría arrancado cerrando casillas sino abriendo una puerta. Lo notable es que la versión sin preguntas no requiere más tiempo ni más palabras: requiere solamente animarse a decir el cariño de frente, en vez de repartirlo en preguntas que el otro responde sin escuchar.

Hay todavía una tercera raíz, y es quizá la más profunda de todas: la pregunta como modo de controlar lo incontrolable. Querer a alguien es vivir con miedo a que le pase algo, y ese miedo, que no tiene cura, busca aliviarse haciendo. Y lo único que uno puede hacer, aparentemente, es preguntar. Si pregunto dónde está, si pregunto si llegó, si pregunto si comió, si pregunto si se abrigó, tengo la ilusión de que estoy cuidando, de que mi vigilancia mantiene a salvo al otro. Es una ilusión, claro: ninguna pregunta protegió jamás a nadie de nada. Pero ofrece un alivio momentáneo a la angustia de querer. Por eso las personas más ansiosas suelen ser las que más preguntan, y por eso sus preguntas agobian: no buscan información, buscan calmar un miedo que no es del otro sino propio. El que recibe esa clase de preguntas siente, sin saber nombrarlo, que le están pasando una angustia que no le pertenece. Sale de la conversación cargando un peso que no era suyo.

Acá conviene una distinción fina, porque es fácil confundir las cosas. No se está diciendo que preguntar sea egoísta ni que el que pregunta quiera mal. Todo lo contrario: casi siempre el que pregunta quiere bien, quiere demasiado, no sabe dónde poner tanto querer. La pregunta es lo que hace alguien que tiene un afecto enorme y un vocabulario pequeño para expresarlo. Y entender esto es decisivo, porque cambia por completo la actitud con la que uno mira su propia conducta. Si uno cree que pregunta por curiosidad invasiva o por necesidad de controlar, se va a llenar de culpa, y la culpa no sirve para cambiar nada. Pero si uno entiende que pregunta porque quiere y no sabe cómo más decirlo, entonces el camino se vuelve claro: no se trata de querer menos, se trata de aprender a decir el querer de otra manera. El afecto no sobra. Lo que falta es traducción.

Y esa traducción empieza por una pregunta que uno se hace a sí mismo, la única clase de pregunta que este libro celebra: cuando estoy por preguntarle algo a alguien que quiero, ¿qué es lo que en realidad estoy queriendo decir? Casi siempre, debajo de la pregunta, hay una afirmación esperando salir. Debajo de “¿estás comiendo bien?” hay un “me preocupa tu salud porque te quiero”. Debajo de “¿conseguiste trabajo?” hay un “sé que estás buscando y confío en vos”. Debajo de “¿seguís con esa persona?” hay, muchas veces, un “quiero saber de tu vida porque sos importante para mí”. Si uno aprende a detectar esa afirmación escondida y a decirla en lugar de la pregunta, descubre que podía expresar exactamente lo mismo sin poner al otro contra la pared. La afirmación da; la pregunta pide. Y aunque las dos vengan del mismo amor, una abraza y la otra aprieta.

Hay un punto en el que esta diferencia se vuelve especialmente delicada, y es con los hijos que están dejando de ser chicos. En esa etapa, el padre o la madre siente que pierde acceso a un mundo que antes conocía entero. Antes sabía todo: con quién jugaba el hijo, qué le gustaba, qué le dolía. De golpe ese mundo se cierra, aparecen puertas que antes no estaban, silencios nuevos. Y la reacción casi instintiva es aumentar las preguntas, como si preguntando

más se pudiera recuperar el acceso perdido. Pero es exactamente al revés. Cuanto más se interroga a alguien que está construyendo su intimidad, más protege esa intimidad, más se cierra la puerta. El hijo que siente que cada cosa que cuenta va a ser interrogada, juzgada o usada en su contra aprende rápido a no contar nada. En cambio, el padre que resiste la tentación de preguntar y se limita a estar disponible, a comentar cosas propias, a mostrar su mundo sin exigir el del otro, deja una puerta entornada. Y los hijos, tarde o temprano, vuelven por las puertas que quedaron entornadas, nunca por las que les golpearon insistiendo que se abrieran.

Hay algo más, y es que este modo de hablar se hereda en una cadena que casi nadie ve. El chico que crece bajo el interrogatorio aprende dos cosas a la vez, y las aprende tan temprano que después le cuesta enormidades desarmarlas. Aprende, por un lado, a defenderse de las preguntas: a contestar lo mínimo, a guardar lo importante, a tener una versión presentable de su vida lista para entregar y una versión real que no comparte con nadie. Y aprende, por otro lado, que así es como se demuestra el cariño, que querer a alguien es preguntarle cosas, controlar que esté bien, pedirle cuentas de sus días. De modo que ese chico crece y, cuando le toca querer a otros —a una pareja, a un amigo, a sus propios hijos—, repite exactamente el modo que padeció. Pregunta como le preguntaron. Interroga porque le interrogaron. Y lo hace convencido de que así se quiere, porque es lo único que vio. Así, una manera de hablar que incomodó a una persona pasa intacta a la siguiente, y a la siguiente, sin que nadie en toda la cadena la haya elegido. Romper esa cadena no requiere reproches al pasado ni resentimiento con los que nos criaron, que también la heredaron de los suyos. Requiere apenas verla, ahí donde uno la repite, y empezar a poner otra cosa en el lugar de la pregunta automática.

Y esa otra cosa, muchas veces, es algo tan simple como contar primero lo propio. La reciprocidad cambia la temperatura de un encuentro familiar más que cualquier otra cosa. Cuando un padre, en lugar de empezar con “¿cómo te fue en la semana?”, le cuenta

al hijo algo que a él le pasó —una preocupación, una alegría chica, algo que vio y le hizo acordar a él—, está haciendo dos cosas valiosas al mismo tiempo. Está mostrándose, lo cual ya es un regalo, porque al hijo que toda la vida le preguntaron suele faltarle ver a sus padres como personas y no solo como interrogadores. Y está abriendo un espacio sin exigir que el otro lo ocupe. El hijo que escucha algo verdadero de su padre se ablanda, porque la confianza es contagiosa: el que se muestra invita al otro a mostrarse, sin pedírselo. Y entonces, casi siempre, el hijo cuenta. No porque se lo preguntaron, sino porque alguien le hizo lugar. Esa es la diferencia entre arrancarle algo a alguien y dejar que algo brote: el resultado puede parecer el mismo —en los dos casos el otro habla— pero lo que se siente es opuesto, y lo que se construye es opuesto.

Todo esto pide algo difícil, que es tolerar no saber. Buena parte de las preguntas que uno hace son intentos de no quedarse con la incomodidad de la incertidumbre. No saber cómo está el otro, no saber qué le pasa, no saber si está bien: eso angustia, y la pregunta promete despejar la angustia con un dato. Pero querer a alguien implica, inevitablemente, no saber muchas cosas de él. Implica respetar zonas suyas que no nos pertenecen. El que necesita saberlo todo del otro no lo está cuidando: lo está poseyendo un poco, lo está tratando como un territorio que debe mantenerse vigilado. Y nadie florece bajo vigilancia. La confianza, que es el clima donde de verdad crecen los vínculos, empieza justamente ahí, en el punto donde uno acepta no saber y se queda tranquilo igual, confiando en que el otro contará lo que quiera contar, cuando quiera contar.

Quien entiende por qué pregunta empieza, sin proponérselo, a preguntar menos. No por disciplina ni por esfuerzo, sino porque, una vez que se ve el miedo que hay debajo de cada pregunta, esa pregunta pierde su urgencia. Cuando uno reconoce que el “¿adónde vas?” era miedo a perder el lugar, puede quedarse con el miedo en la mano, mirarlo, y elegir no descargarlo sobre el otro. Cuando reconoce que el “¿por qué no me llamaste?” era cariño

herido, puede decir el cariño en vez de disparar el reproche. El cambio no viene de morderse la lengua. Viene de entender, y el entender afloja solo lo que estaba apretado. Por eso este capítulo no termina en una instrucción sino en una mirada hacia adentro: la próxima vez que una pregunta empuje por salir hacia alguien querido, conviene detenerse un instante, apenas un segundo, y averiguar qué afirmación está escondida atrás. Ahí, en ese segundo de demora, está todo el margen de libertad que existe. Lo que se hace con ese segundo es, en buena medida, de lo que trata el resto de este libro.

Capítulo 3

El interrogatorio invisible

En el ámbito del trabajo, la pregunta cambia de naturaleza. Ya no nace, como en la familia, de un cariño que no encuentra cómo decirse. Nace de otra cosa, más fría y más antigua: la necesidad de saber si el otro está cumpliendo. En la oficina, en el taller, en cualquier lugar donde personas trabajan juntas, las preguntas circulan todo el día, y la inmensa mayoría tiene una función que casi nadie nombra en voz alta pero que todos sienten en el cuerpo: verificar. La pregunta de trabajo, aun la más amable, suele llevar adentro una balanza. Mientras la formula, mide. Y el que la recibe lo sabe, aunque nadie se lo haya dicho nunca, porque lo aprendió el primer día que pisó un empleo: cuando alguien con cierto peso te pregunta cómo viene algo, no está conversando, está evaluando.

Conviene mirar la más común de todas, esa que se repite mil veces en cualquier jornada: “¿cómo viene eso?”. Tres palabras, un tono casual, a veces hasta una sonrisa. En apariencia es interés, es alguien que se preocupa por una tarea. Pero examínese qué hace de verdad en quien la recibe. Lo obliga, en el acto, a producir un estado de avance, a transformar el trabajo desordenado y real que estaba haciendo en un informe presentable que demuestre que todo marcha. Si la cosa viene bien, la pregunta no molesta demasiado. Pero si la cosa viene trabada, si hay un problema que

todavía no se resolvió, la pregunta se convierte en una trampa: hay que decidir, en un segundo, entre confesar la dificultad —y exponerse a quedar mal— o maquillar un avance que no existe. Y como nadie quiere quedar mal frente a quien lo evalúa, la mayoría elige maquillar. “Bien, ahí va, casi listo.” La pregunta produjo, sin proponérselo, exactamente lo contrario de lo que decía buscar: en vez de información verdadera sobre el estado del trabajo, produjo una versión cosmética, una mentira piadosa nacida del miedo a ser juzgado.

Ese es el primer daño del interrogatorio invisible: empuja a las personas a esconder los problemas en lugar de mostrarlos. En un equipo donde se pregunta mucho y se ayuda poco, los obstáculos se ocultan hasta que estallan, porque nadie quiere ser el que aparece con la dificultad cuando lo que se premia es tener siempre una buena respuesta lista. El que pregunta “¿cómo viene eso?” cree que está monitoreando el trabajo. En realidad está enseñándole a la gente a no contarle la verdad. Y existe una manera completamente distinta de acercarse a esa misma tarea, una que no pide cuentas sino que ofrece compañía. “Cualquier cosa que te trabe con eso, contá conmigo” no le pide al otro que demuestre nada. Le abre una puerta para que muestre la dificultad sin castigo. El que escucha esa frase no necesita maquillar nada, porque no lo están midiendo: lo están acompañando. Y entonces, muchas veces, dice lo que con la pregunta jamás habría dicho: “mirá, justo estoy trabado con tal cosa, no sé bien cómo seguir”. Ahí, recién ahí, empieza el trabajo verdadero, el que la pregunta evaluadora clausuraba.

Hay un elemento que en el trabajo pesa más que en ningún otro lado, y es la jerarquía. Entre dos personas que no están en igualdad de condiciones, ninguna pregunta es neutra, por más neutra que suene. Las mismas tres palabras significan cosas distintas según quién las diga. Si un compañero del mismo rango pregunta “¿cómo viene eso?”, la pregunta puede ser curiosidad genuina, hasta solidaridad. Pero si esas mismas palabras vienen de quien tiene poder sobre el puesto, sobre el sueldo, sobre el futuro de uno, la pregunta deja de ser una pregunta y se vuelve un acto de

autoridad. Pesa distinto porque la mano que la sostiene pesa distinto. El que pregunta desde arriba muchas veces no se da cuenta de esto: cree que está siendo cercano, accesible, que está conversando de igual a igual. No percibe que su sola posición convierte cualquier pregunta suya en una citación. El subordinado, en cambio, lo percibe perfectamente, porque su cuerpo está entrenado para percibirlo. Por eso quien tiene autoridad debería ser el más cuidadoso de todos con las preguntas que hace, y suele ser el más descuidado, porque desde arriba no se ve el peso de la propia voz.

Esa asimetría se vuelve angustiante en una pregunta en apariencia inofensiva: “¿tenés un minuto?”, dicha por quien tiene autoridad. En cualquier otro vínculo esas tres palabras no significarían nada. Dichas por el que decide sobre el puesto de uno, abren de golpe un abismo de incertidumbre: ¿un minuto para qué?, ¿hice algo mal?, ¿me van a reprochar algo, a cambiar de tarea, a dar una mala noticia? El que pregunta cree que está siendo considerado, que pide permiso antes de interrumpir. No imagina que dejó al otro suspendido en una ansiedad que puede durar minutos u horas, según cuánto tarde la conversación en llegar. Bastaría con sumar a la pregunta el motivo para desactivar todo el miedo: “cuando puedas, quería comentarte una idea para el proyecto, nada urgente ni grave” ubica al otro, le dice de qué se trata, lo libera de imaginar lo peor. Lo que oprime no es que alguien quiera hablar con uno; es quedar a oscuras sobre para qué, y esa oscuridad la siembra la pregunta abierta de quien tiene poder.

El interrogatorio invisible tiene, además, una versión escrita que en el trabajo moderno se ha vuelto omnipresente y que merece nombrarse, porque es de las que más desgastan sin que nadie se queje. Es el mensaje breve que llega a media mañana: “¿novedades?”, “¿cómo venimos con esto?”, “¿alguna actualización?”. Una sola palabra, a veces, con un signo de pregunta. Quien la manda cree que está haciendo algo mínimo, casi cortés, un simple toque para mantenerse al tanto. Pero quien la recibe siente que lo están controlando a distancia, que alguien está

vigilando su avance sin estar presente, y que tiene que dejar lo que está haciendo para producir una respuesta que demuestre que estuvo trabajando. Cuando esos mensajes se repiten a lo largo del día, la persona termina trabajando con la sensación de tener a alguien mirándole la espalda todo el tiempo, y esa sensación, sostenida, agota más que el trabajo mismo. Lo curioso es que el que pregunta rara vez necesita de verdad esa actualización en ese momento: pregunta para calmar su propia ansiedad de no saber, igual que el familiar que llama para controlar. La alternativa no es desaparecer ni desentenderse, sino invertir la dirección del mensaje. “Te aviso que esto no corre apuro, maneja los tiempos como mejor te quede” libera al otro en lugar de vigilarlo. Y “si en algún momento necesitas algo de mi parte para avanzar, decime” pone al que pregunta del lado de la ayuda y no del lado del reloj. El que recibe esos mensajes trabaja tranquilo, y el que trabaja tranquilo trabaja mejor que el que trabaja vigilado.

Existe una variante del interrogatorio laboral que merece atención aparte, porque es la más tramposa de todas: la pregunta que en realidad es una crítica disfrazada. Sucede sobre todo en las reuniones, cuando alguien presenta una idea y otro, en lugar de decir lo que piensa, lo envuelve en forma de pregunta. “¿Estás seguro de que conviene hacerlo así?” “¿No te parece un poco arriesgado?” “¿Lo pensaste bien?” Quien escucha estas preguntas sabe que no son preguntas: son objeciones, son desacuerdos, son a veces ataques, pero vestidos de pregunta para que el que los lanza no tenga que hacerse cargo. Porque si después la cosa se discute, el que preguntó siempre puede retirarse a un lugar seguro: “yo solo pregunté, no dije nada”. La pregunta le da impunidad. Le permite plantar la crítica y al mismo tiempo negar haberla plantado. Y el que la recibe queda en una posición incómoda, atacado por algo que oficialmente no fue un ataque, obligado a defenderse de una objeción que nadie admite haber hecho.

Lo honesto, en ese caso, es decir lo que uno piensa y hacerse cargo. “A mí este punto me preocupa, lo veo riesgoso por tal motivo” es una frase que respeta a todos los presentes. Expone una

opinión y la firma. El que la dice queda expuesto, sí, porque está mostrando su desacuerdo a cara descubierta, pero justamente por eso la conversación puede avanzar: hay algo concreto sobre la mesa, una preocupación con nombre, que se puede discutir. La pregunta “¿estás seguro?”, en cambio, no deja nada sobre la mesa que se pueda discutir; deja solo una sombra de duda, una insinuación de que el otro no pensó bien las cosas, sin decir por qué. La afirmación honesta arriesga y por eso construye. La pregunta cargada no arriesga nada y por eso solo erosiona. Aprender a decir “no estoy de acuerdo y este es mi motivo” en lugar de “¿estás seguro de eso?” es uno de los cambios más valiosos que alguien puede hacer en su modo de trabajar con otros, porque transforma la desconfianza encubierta en desacuerdo abierto, y el desacuerdo abierto es el material con el que se construyen las buenas decisiones.

Hay otra escena típica, la del recién llegado. Cuando alguien entra a un trabajo nuevo, lo reciben con preguntas que parecen acogedoras y son, en el fondo, una primera evaluación. “¿Y? ¿Cómo te estás adaptando?” “¿Qué te pareció el primer mes?” “¿Te está costando?” El que recién llega entiende, sin que se lo digan, que cada respuesta suya está siendo pesada, que se está formando un juicio sobre él. Y entonces se cuida. Dice que todo bárbaro, que se adapta perfecto, que no le cuesta nada, aunque esté perdido, aunque necesite ayuda, aunque se sienta solo. La pregunta que parecía darle la bienvenida lo dejó más solo todavía, porque le enseñó que ahí no se puede mostrar debilidad. Cuánto mejor lo recibe quien, en lugar de evaluarlo con preguntas, le ofrece algo concreto: “si en algún momento necesitas que te muestre cómo funciona algo o te presente a alguien, vení sin problema”. Esa frase no pide que el recién llegado demuestre que está bien. Le da permiso para no estarlo todavía, que es exactamente lo que necesita alguien que empieza. Y “me alegra que estés en el equipo”, dicho de verdad, hace más por la integración de una persona que diez preguntas sobre cómo se está adaptando.

Importa aclarar, también acá, que no toda pregunta de trabajo es un interrogatorio. El trabajo está lleno de preguntas operati-

vas que son necesarias y que no oprimen a nadie: “¿a qué hora es la reunión?”, “¿dónde quedó el archivo?”, “¿quién se encarga de esto?”. Esas preguntas buscan un dato que de verdad hace falta para que las cosas funcionen, y el que las responde no siente que lo están midiendo, porque no lo están midiendo. La pregunta que este capítulo observa es otra: la que se mete en el terreno del desempeño, del juicio, de la valoración de la persona o de su trabajo. La que, debajo de su forma de consulta, lleva una balanza. Distinguir una de otra no es difícil una vez que uno presta atención al cuerpo del que responde. Si el otro se pone apenas tenso, si elige con cuidado las palabras, si parece estar dando un examen, ahí había una pregunta evaluadora, aunque sonara casual. El cuerpo del interlocutor es el mejor detector que existe del interrogatorio invisible.

El daño mayor de todo esto no es el malestar de un momento. Es lo que le hace, con el tiempo, a la confianza dentro de un equipo. Donde se pregunta para evaluar, la gente aprende a trabajar a la defensiva. Aprende a esconder errores, a no pedir ayuda, a no admitir que algo no sabe, a guardarse las ideas a medio formar por miedo a que alguien las desarme con un “¿y eso cómo lo pensás resolver?”. Un equipo así puede parecer eficiente desde afuera, porque todos andan ocupados y nadie muestra fisuras, pero por dentro está paralizado: nadie se anima a mostrar lo que de verdad pasa, y sin eso no hay forma de mejorar nada. En cambio, donde se ofrece en lugar de interrogar, donde alguien que ve a un compañero trabado le dice “te noté complicado con esto, ¿quierés que lo miremos juntos un rato?” en vez de “¿todavía no lo terminaste?”, la gente se anima a mostrar las dificultades, y las dificultades mostradas a tiempo son las que se pueden resolver. La diferencia entre un equipo que esconde y un equipo que muestra no está en el talento de su gente. Está, en buena medida, en si el modo de hablar predominante interroga o acompaña.

Vale detenerse en ese “¿todavía no lo terminaste?”, porque condensa lo peor del interrogatorio invisible. Es una pregunta que ni siquiera busca información: el que la hace ya sabe que no está

terminado, justamente por eso pregunta. Lo que busca es marcar el atraso, señalarlo, hacer sentir al otro el peso de su demora. Es una pregunta-reproche, prima hermana de aquel “¿por qué no me avisaste?” de la vida familiar, pero sin el cariño que al menos amortiguaba aquella. Acá no hay cariño herido: hay impaciencia, hay presión, hay a veces hasta una pequeña crueldad, todo envuelto en la forma cortés de una pregunta. El que la recibe siente la punzada y, como no puede responder a un reproche que finge ser consulta, suele tragar el malestar y apurarse con bronca. La misma situación se podía resolver de otro modo. “Necesito esto para tal hora porque depende de mí entregarlo, ¿lo vas a llegar a tener o reorganizamos?” dice con todas las letras lo que hace falta —una fecha, una necesidad real— sin esconder un reproche adentro. Es más directo, es más respetuoso, y deja al otro en condiciones de responder con la verdad en lugar de con una disculpa apurada.

Detrás de casi todo interrogatorio laboral hay, en el fondo, un problema de confianza. Se pregunta para controlar porque no se confía en que el otro vaya a hacer lo que tiene que hacer sin ser vigilado. Y la vigilancia, lejos de generar confianza, la destruye, porque el que se siente vigilado se comporta como alguien de quien se desconfía: se cubre, se justifica, hace lo mínimo para no ser señalado. La confianza funciona exactamente al revés que la vigilancia. El que recibe confianza tiende a honrarla; el que recibe sospecha tiende a confirmarla. Por eso los mejores climas de trabajo no son los más controlados sino los más confiados, y esa confianza se construye, entre otras cosas, en el modo cotidiano de hablar: en preguntar menos y ofrecer más, en reemplazar la verificación constante por una disponibilidad real, en dejar de medir al otro con cada pregunta y empezar a sostenerlo.

Nada de esto significa renunciar a saber cómo van las cosas, ni desentenderse del trabajo de los demás. Significa cambiar el modo de enterarse. Hay una diferencia enorme entre extraer información a fuerza de preguntas y crear las condiciones para que la información fluya sola. El que ofrece ayuda se entera de los problemas porque la gente se los trae. El que interroga se entera

tarde y mal, porque la gente se los esconde. Y al final del día, paradójicamente, el que menos pregunta es el que más sabe de lo que de verdad pasa en su equipo, porque construyó un lugar donde las cosas se pueden decir. El interrogatorio invisible promete control y entrega ceguera. La presencia que no juzga promete poco y entrega lo único que importa: gente que se anima a mostrar la verdad. Quien aprende a trabajar así descubre que dejó de necesitar tantas preguntas, no porque haya dejado de importarle el trabajo, sino porque encontró una forma de estar cerca que no obliga a nadie a rendir examen.

Capítulo 4

Lo que queda en quien responde

Hasta acá se miró la pregunta desde el lado del que la hace: de dónde viene, qué necesidad calma, qué función cumple. Pero hay un lado que casi nunca se mira, y es el del que la recibe. Porque la pregunta, una vez dicha, no se evapora. Cae sobre alguien, produce algo en ese alguien, y deja un residuo. Ese residuo es lo que importa ahora. Hay que ponerse, por una vez, en el lugar del que responde, y sentir lo que se siente cuando uno es el destinatario de las preguntas de los demás, una tras otra, a lo largo de un encuentro entero. Pocas situaciones lo muestran tan bien como una reunión social: un cumpleaños, una cena con gente que uno conoce a medias, una junta de esas donde se cruzan parientes lejanos, amigos de amigos, conocidos del trabajo. Ahí, en el espacio de una noche, uno recibe más preguntas que en una semana entera, y al volver a casa descubre un cansancio que no tiene que ver con la hora ni con el vino.

Conviene reconstruir la escena despacio, porque es la escena de todos. Uno llega a la reunión con buena disposición, con ganas de pasarla bien. Apenas entra, alguien se acerca: “¿Y vos a qué te dedicás?”. Uno responde, resume su trabajo en una frase, y mientras lo hace siente que la otra persona lo está ubicando en algún lado, acomodándolo en una escala invisible de oficios más o menos

prestigiosos. Después viene otro: “¿Estás en pareja?”. Uno contesta, y si la respuesta no es la esperada, percibe el micro-ajuste en la cara del otro, esa levisima recalibración. Más tarde, un tercero: “¿Y para cuándo los hijos?”. Y otro: “¿Seguís viviendo en el mismo lado?”. Y otro: “¿Cómo viene el laburo, bien?”. Ninguna de estas preguntas, por separado, es grave. Cada una dura segundos. Pero sumadas, a lo largo de una noche, componen un interrogatorio difuso en el que uno pasó horas dando cuenta de sí mismo a personas que apenas conoce. No conversó: rindió. Y por eso llega a su casa con esa fatiga particular, la de haber tenido que sostener, durante horas, una versión presentable de la propia vida.

Esa es la primera cosa que queda en quien responde: el agotamiento de tener que producirse. Porque cada pregunta exige no cualquier respuesta, sino una respuesta que quede bien. Nadie contesta en una reunión “el trabajo me tiene harto y no sé qué hacer con mi vida”, aunque sea la verdad. Uno arma, sobre la marcha, una versión editada, una en la que el trabajo va bien, la pareja va bien, los planes existen y avanzan. Mantener esa versión en pie durante horas es un trabajo, un trabajo invisible y silencioso que consume una energía enorme. El que pregunta no lo ve; él hace su pregunta y sigue su camino, liviano. El que responde carga con la tarea de seguir siendo, toda la noche, alguien presentable. Y al final, lo que lo dejó exhausto no fue la gente: fue la obligación de editarse frente a la gente, pregunta tras pregunta.

Buena parte de ese desgaste viene de un mecanismo que en las reuniones funciona sin que nadie lo decida: la pregunta como tapón de los silencios. En toda mesa, cada tanto, la conversación se afloja y se abre una pausa. Esa pausa, que podría ser un descanso para todos, a muchos les resulta insoportable, y entonces alguien la rellena del modo más rápido que conoce, que es lanzando una pregunta a quien tenga más cerca. “¿Y vos, contanos, qué estuviste haciendo?” El elegido, que estaba tranquilo, de golpe queda en el centro, obligado a producir algo interesante para todos los que escuchan. La pausa que era de todos se le descargó encima a uno solo, convertida en exigencia. Y lo que podía haber

sido un silencio cómodo, de esos en que la gente simplemente está junta sin necesidad de hablar, se transformó en un foco apuntando a una persona que no lo pidió. El que aprende a tolerar esas pausas, a dejarlas existir sin taparlas con una pregunta, les hace a todos un regalo que no se ve: el de no tener que estar siempre actuando, el de poder estar juntos también en el silencio.

Hay un segundo residuo, más doloroso, y aparece cuando la pregunta toca una herida sin saberlo. Porque las preguntas sociales vienen en un repertorio fijo —el trabajo, la pareja, los hijos, la casa, los estudios— y ese repertorio asume que la vida de todos avanza por los mismos carriles, en los mismos tiempos. Pero las vidas reales no avanzan así. Hay quien acaba de quedarse sin trabajo y recibe el alegre “¿cómo viene el laburo?”. Hay quien acaba de separarse y le preguntan, sonriendo, “¿y tu pareja, todo bien?”. Hay quien busca un hijo desde hace años, con dolor, con tratamientos, con esperanzas que se caen una tras otra, y le sueltan el liviano “¿y para cuándo los chicos?”. En esos casos la pregunta no es una molestia menor: es un golpe en una zona viva. El que responde tiene que hacer, en una fracción de segundo, un trabajo brutal: controlar la cara, fabricar una respuesta que no exponga su dolor en medio de la fiesta, proteger lo que más le duele de la curiosidad casual de alguien que no tiene idea. Y el que preguntó nunca se entera del daño que hizo, porque la víctima del golpe se encarga de disimularlo. Sonríe, contesta cualquier cosa, cambia de tema. Pero algo se le rompió un poco adentro, y se lleva ese pedazo roto a su casa.

Esto pide una reflexión que es el corazón de este capítulo. Cuando uno pregunta algo del repertorio social, no sabe sobre qué terreno está pisando. No sabe si la pregunta sobre los hijos cae sobre una felicidad o sobre un duelo. No sabe si la pregunta sobre el trabajo cae sobre un éxito o sobre una humillación reciente. La pregunta avanza a ciegas, y al avanzar a ciegas, tarde o temprano pisa donde no debía. El que renuncia a las preguntas del repertorio renuncia también a la posibilidad de pisar esas heridas. No por delicadeza calculada, sino porque entiende algo simple: que

no se puede saber lo que el otro está atravesando, y que por las dudas es mejor no exigirle que lo cuente. El que en una reunión, en vez de preguntar por la pareja o los hijos, comenta algo sin filo —“qué bien la están pasando todos esta noche”, “me encantó eso que dijiste antes”, “qué linda quedó la casa”— le ofrece al otro un terreno parejo donde apoyarse, sin trampas ocultas. Le da algo en lugar de pedirle algo, y al darle algo, lo libera de tener que defenderse.

Hay un tercer residuo, y es quizá el más sutil de todos: la sensación de estar siendo medido contra una vara que uno no eligió. Las preguntas del repertorio social no son inocentes en su conjunto, aunque cada una lo parezca. Juntas, dibujan un modelo de vida —tener trabajo, tener pareja, tener hijos, tener casa, progresar— y cada pregunta funciona como un control de avance respecto de ese modelo. “¿Y? ¿Conseguiste algo?” mide si uno cumplió con el carril del trabajo. “¿Para cuándo el casamiento?” mide si uno cumplió con el carril de la pareja. Quien responde, aunque su vida sea plena de otras maneras, queda puesto a rendir cuenta de su posición en una carrera que tal vez ni siquiera quiso correr. Y si va atrasado respecto del modelo, o si directamente eligió otra cosa, cada pregunta le recuerda su rezago, le pregunta sin preguntarlo por qué todavía no, por qué tan tarde, por qué distinto. El que responde sale de esa noche no solo cansado, sino con una pequeña duda nueva sembrada sobre su propia vida: ¿estaré haciendo las cosas bien? La pregunta social planta esa duda sin querer, y la deja germinando.

Lo que queda, además, no termina cuando termina la reunión. Camino a casa, las preguntas siguen sonando. Uno repasa lo que contestó, lo corrige mentalmente, piensa lo que debería haber dicho, se pregunta si la respuesta que dio sobre su trabajo no habrá sonado a fracaso, si la cara que puso cuando le hablaron de la pareja no habrá delatado algo. El interrogatorio, que duró unas horas, se prolonga en la cabeza del que respondió durante un buen rato más, como un examen que uno sigue rindiendo aun después de haber entregado la hoja. Esa es quizá la prueba más clara de que

las preguntas no son inofensivas: si lo fueran, no nos perseguirían de regreso a casa. Se quedan dando vueltas justamente porque algo en ellas nos puso a prueba, y la parte de uno que fue puesta a prueba tarda en aquietarse.

A este peso se le suma, en muchos casos, el de la repetición. Porque hay preguntas que no se reciben una vez, sino una y otra vez, encuentro tras encuentro, siempre de la misma persona. Está el pariente que en cada reunión, sin falta, abre con el mismo “¿y? ¿conseguiste trabajo?”, o el conocido que cada vez que lo cruza dispara el invariable “¿todavía soltero?”. Para el que pregunta, es apenas una manera de retomar el hilo, de mostrar que se acuerda del tema. Para el que responde, en cambio, esa pregunta repetida se convierte en una marca, en un recordatorio periódico de aquello que todavía no logró, de aquello en lo que sigue, según la vara del otro, atrasado. Y lo que es peor: uno empieza a anticiparla. Antes de ir a la reunión ya sabe que va a venir, ya ensaya mentalmente la respuesta, ya carga con la pregunta antes de que se la hagan. La repetición transforma una pregunta cualquiera en una sombra que acompaña al que la recibe incluso en los días en que no la escucha. Quien quiere de verdad a alguien debería ser el primero en notar que, si cada vez que lo ve le pregunta lo mismo, lo está reduciendo a esa única cosa pendiente, en lugar de dejarlo ser todo lo demás que también es.

Con el tiempo, todo esto produce un efecto que vale la pena nombrar, porque es el destino del que vive rodeado de preguntas: el blindaje. La persona que ha sido interrogada miles de veces desarrolla una armadura. Aprende a tener respuestas listas, neutras, que no comprometan nada. Aprende a deflectar, a devolver la pregunta, a cambiar de tema con elegancia. Aprende incluso a anticipar qué eventos y qué personas la van a someter al interrogatorio, y a evitarlos, o a llegar tarde, o a irse temprano. Hay gente que dejó de ir a ciertas reuniones no porque no quiera a quienes va a encontrar, sino porque no soporta más la ronda de preguntas que sabe que la espera. El interrogatorio crónico, sostenido a lo largo de los años, va alejando a las personas, las va volviendo

cautelosas, las enseña a no mostrarse. Y lo trágico es que muchas veces el que pregunta tanto es justamente el que más quiere acercarse, y termina logrando, a fuerza de preguntar, que el otro se aleje.

Hay una experiencia, en medio de todo esto, que ilumina por contraste todo lo anterior. A veces, en una de esas reuniones agotadoras, uno se encuentra con alguien distinto. Alguien que no pregunta. Que se acerca y, en lugar de pedirle cuentas, le cuenta algo, o comenta lo que está pasando alrededor, o simplemente está, cómodo, sin exigir nada. Con esa persona la conversación fluye sin esfuerzo, porque no hay que rendir, no hay que editarse, no hay que cuidar ninguna herida. Uno se afloja sin darse cuenta. Y al final de la noche, cuando hace el balance, descubre que con casi todos tuvo que producirse, y que con esa única persona, en cambio, descansó. La recuerda. Le quedan ganas de volver a verla. Sin saber bien por qué, esa persona le resultó la más agradable de toda la reunión, y la razón es simple: fue la única que no le pidió nada, la única con la que no tuvo que demostrar quién es. Esa experiencia, que casi todos hemos tenido alguna vez, es la prueba viva de que se puede estar con otro sin interrogarlo, y de que esa forma de estar es la que de verdad acerca.

Hay todavía un residuo más, que aparece cuando la pregunta es de una sola dirección. Existe un tipo de persona que pregunta sin parar y no entrega jamás nada de sí. Pregunta por el trabajo de uno, por su familia, por sus planes, por su salud, y uno contesta y contesta, y al final de la conversación se da cuenta de algo extraño: sabe exactamente lo mismo de esa persona que sabía al principio, o sea nada. Le sacó todo y no le dio nada. La conversación fue una extracción de un solo sentido, y uno queda con la sensación incómoda de haberse expuesto frente a alguien que se mantuvo cerrado, de haber entregado su intimidad a cambio de nada. Es una de las formas más sutiles de quedar en deuda sin haber pedido nada: el que solo pregunta acumula información sobre los demás sin arriesgar nada propio, y deja a todos los demás más expuestos que él. Frente a esa asimetría, la única cura es la

reciprocidad. El que también se cuenta, el que también se muestra, el que no solo extrae sino que entrega, equilibra la balanza, y entonces la conversación deja de ser un interrogatorio para volverse un intercambio.

Todo esto debería cambiar para siempre el modo de mirar la propia conducta. Porque cualquiera que lea estas líneas ha estado, muchas veces, del lado del que responde, y reconoce de inmediato el cansancio, la edición de sí mismo, el golpe en la herida, la vara invisible, el blindaje. Pero el punto no es indignarse con los que nos preguntan. El punto es darse cuenta de que uno hace, con los demás, exactamente lo mismo que padece. Que en cada reunión uno también va repartiendo preguntas que dejan en los otros el mismo residuo que las suyas dejan en uno. Que el cansancio que uno se lleva a casa, otros se lo llevan por culpa de uno. Esta es una de esas verdades que, una vez vistas, no se pueden devolver al lugar donde estaban. Y es precisamente lo que prepara el terreno para todo lo que viene después en este libro. Porque hasta acá se describió el problema desde todos sus ángulos: qué es la pregunta, por qué se hace, cómo evalúa, qué deja en el que la recibe. Lo que queda por delante es lo otro, lo más difícil y lo más hermoso: aprender a estar con la gente de un modo que no le deje ese residuo. Aprender a ser, en la reunión de cada uno, esa persona rara con la que el otro, por una vez, pudo descansar. No es un método lo que hace falta para eso, ni una técnica, ni una lista de frases. Hace falta, antes que nada, lo que este primer tramo del libro vino a despertar: la capacidad de notar lo que las propias palabras producen en el otro. Quien ya lo nota, sin saberlo, empezó a cambiar.

Capítulo 5

Renunciar a dirigir

Hay algo que casi todas las preguntas tienen escondido y que rara vez se nombra: una dirección. La pregunta no es neutra, no está suelta en el aire esperando cualquier respuesta. Apunta hacia un lado. Quiere llevar la conversación a un destino que el que pregunta, muchas veces sin darse cuenta, ya eligió de antemano. Por eso, antes de aprender cualquier modo nuevo de hablar, hay una renuncia que viene primero, y de la que depende todo lo demás: renunciar a dirigir. Soltar el volante de la conversación. Dejar de empujar al otro hacia el lugar donde uno ya decidió que tiene que llegar. Esto suena simple y es, en realidad, una de las cosas más difíciles que existen, porque dirigir la conversación nos da una sensación de control que cuesta enormemente abandonar.

Conviene ver el mecanismo en su forma más nítida, y la conversación entre dos amigos lo muestra como ninguna. Imagínese a alguien que se sienta a tomar un café con un amigo que la está pasando mal en su trabajo. El amigo empieza a contar: que está cansado, que no se siente valorado, que ya no sabe si quiere seguir ahí. Y el que escucha, casi sin pensarlo, lanza la primera pregunta: “¿Y por qué no renunciás?”. Parece una pregunta. Pero no lo es. Es una recomendación disfrazada, una orden suave, un empujón hacia una salida que el que escucha ya decidió que sería

la mejor. El amigo no había llegado todavía a esa idea. Estaba apenas empezando a ordenar lo que sentía, todavía en la parte de sentir, no en la de resolver. Y de golpe lo empujan hacia una decisión enorme, hacia el final del camino, cuando él recién estaba en el primer paso. La pregunta no lo acompañó: lo apuró hacia la conclusión del otro.

Lo que produce esto en el que la recibe es una sensación de soledad rara, difícil de nombrar. El amigo vino a ser escuchado, a pensar en voz alta con alguien al lado, y se encuentra, en cambio, con alguien que ya tiene la respuesta y que lo quiere arrastrar hacia ella. Entonces hace una de dos cosas. O se resiste —“no es tan fácil renunciar, vos no entendés”— y la conversación se traba en una discusión sobre una decisión que él nunca pidió discutir. O cede, dice “sí, tenés razón, debería renunciar”, para no contrariar al otro, y se va con una falsa resolución que no siente, que va a evaporarse apenas se despida. En los dos casos perdió lo que había venido a buscar, que no era una respuesta sino una compañía. El que dirige cree que está ayudando. Casi siempre está, sin saberlo, dejando solo al otro en el momento en que más acompañado quería estar.

Existe otra manera de estar en esa misma conversación, y no requiere ninguna técnica especial, solo una renuncia. En lugar de empujar hacia la salida, uno puede simplemente quedarse donde el otro está. “Te escucho, contame cómo lo estás viviendo.” “Suená pesado de verdad lo que me contás.” Frases así no dirigen nada. No proponen renunciar ni quedarse, no empujan hacia ningún lado. Le devuelven al amigo el espacio para seguir pensando, para llegar él mismo, a su tiempo, a donde tenga que llegar. Y ocurre algo notable: cuando uno deja de dirigir, el otro avanza más, no menos. Porque deja de gastar energía en defenderse de los empujones y puede usarla para pensar de verdad. Muchas veces, al final de una conversación en la que uno no dirigió nada, el amigo dice solo “che, qué bueno haber hablado, me ayudó a ver más claro”, aunque uno no le haya dado ni un solo consejo. Le ayudó justamente porque

no le dio consejos. Le prestó un espacio donde pensar sin presión, y eso, que parece poco, es casi todo lo que la gente necesita.

Detrás del impulso de dirigir hay siempre una agenda, y vale la pena mirarla de frente. Cuando uno pregunta esperando una respuesta determinada, ya no está preguntando: está conduciendo. Y el otro lo percibe, aunque no lo sepa explicar. Percibe que hay una respuesta correcta esperando, que la conversación tiene un final previsto, y que su papel es llegar a ese final. Eso cambia por completo lo que el otro siente que puede decir. Si uno pregunta “¿no te parece que esa persona te hace mal?” esperando que el amigo diga que sí, el amigo queda atrapado: si está de acuerdo, no aporta nada nuevo, solo confirma lo que el otro ya pensaba; si no está de acuerdo, tiene que contradecir, ponerse en contra, defender a alguien que el otro ya condenó. La pregunta con respuesta esperada no abre nada. Es un molde donde el otro tiene que entrar. Y la mayoría de la gente, por no incomodar, entra en el molde, dice lo que se espera que diga, y la conversación termina exactamente donde empezó, confirmando lo que uno ya creía, sin que nadie haya aprendido nada.

Hay una forma especialmente sutil de dirigir, que es la cadena de preguntas que conduce al otro, paso a paso, hacia la conclusión que uno ya sacó. Es un recurso viejo y eficaz: en lugar de decirle a alguien lo que uno piensa, se lo lleva con preguntas hasta que lo “descubre” por sí mismo, de modo que parezca que la idea fue suya. “¿No es cierto que siempre te termina dejando plantado?” “¿Y no te pasa que después te sentís mal con vos mismo?” “Entonces, ¿no será que en el fondo ya sabés lo que tenés que hacer?” Cada pregunta empuja un poco más en la misma dirección, cierra un poco más el corral, hasta que el otro llega, agotado, al lugar al que lo venían arreando. Quien hace esto suele creer que está siendo hábil, hasta generoso, porque deja que el otro “llegue solo”. Pero no llegó solo: lo llevaron. Y en algún nivel el otro lo sabe, y aunque diga que sí, se queda con la sensación incómoda de haber sido manejado, de que esa conclusión que ahora es suya en realidad se la pusieron en la boca. Las decisiones a las que a uno lo

arrear nunca echan raíz. Por eso esas conversaciones tan persuasivas rara vez cambian algo de verdad: convencen en el momento y se deshacen al día siguiente.

Lo honesto, frente a la tentación de arrear, es poner la propia opinión sobre la mesa, abiertamente, y soltar el resultado. “Mirá, desde afuera, a mí me da la impresión de que esa relación te lastima. Pero vos la conocés por dentro y yo no, así que lo que decidas va a estar bien.” Esa frase hace algo que la cadena de preguntas no hace: dice lo que uno piensa sin disfrazarlo, y al mismo tiempo le devuelve al otro la autoridad sobre su propia vida. No lo arrea hacia ninguna conclusión. Le ofrece una mirada y se aparta. El que recibe una opinión ofrecida así puede tomarla o dejarla sin sentirse manejado, justamente porque se la dieron de frente en lugar de inducísela de costado. Hay una diferencia enorme entre poner algo a disposición del otro y empujar al otro hacia algo. Lo primero es ofrecer. Lo segundo es dirigir. Y casi todo este libro vive en esa diferencia.

Dirigir tiene una variante que aparece cuando dos amigos no piensan igual, y es de las que más erosionan un vínculo aunque parezca apenas un modo de discutir. Sucede cuando uno, en lugar de aceptar que el otro ve las cosas distinto, usa las preguntas para acorralarlo, para llevarlo a un punto donde no le quede más remedio que darle la razón. “¿Pero no admitís al menos que...?” “¿Entonces lo que estás diciendo es que...?” “¿Y eso no se contradice con lo que dijiste recién?” Cada pregunta es una pinza que se cierra un poco más, un intento de conducir al otro hacia un jaque del que no pueda escapar. El que dirige así no quiere entender al amigo: quiere derrotarlo. Las preguntas no buscan saber cómo piensa el otro, buscan atraparlo en una contradicción, hacerlo caer. Y el efecto sobre el que las recibe es inmediato: deja de pensar en voz alta y empieza a cuidarse, mide cada palabra para no ser usada en su contra, se cierra como se cierra cualquiera que percibe que lo están llevando a una trampa. La conversación deja de ser un encuentro entre dos modos de ver y se convierte en una pelea donde el objetivo no es comprender sino vencer. Y

aun si uno gana, pierde, porque lo que se gana acorralando a un amigo es la victoria y la distancia al mismo tiempo. Lo que esa misma diferencia pedía era otra cosa: decir con claridad la propia posición y tener verdadera curiosidad por la ajena. “Yo lo veo de esta manera, por estos motivos. Pero me interesa de verdad cómo lo ves vos, porque seguro hay algo que se me escapa.” Esa frase no dirige a nadie hacia ningún jaque. Pone dos miradas una al lado de la otra y deja que se toquen, sin que ninguna tenga que rendirse. De ahí, a veces, sale algo nuevo que ninguno de los dos tenía antes; del acorralamiento, en cambio, no sale nunca nada, salvo dos personas un poco más lejos.

La forma más delicada de dirigir aparece cuando el otro está triste, y uno, sin aguantar esa tristeza, lo empuja hacia el lado bueno. Es uno de los reflejos más humanos y más dañinos que existen. Alguien cuenta algo doloroso, y el que escucha, incómodo con el dolor ajeno, se apura a redirigirlo: “¿Pero no es mejor verlo por el lado positivo?” “¿No te parece que con el tiempo vas a estar mejor?” “¿No estarás exagerando un poco?”. Cada una de estas frases, dicha casi siempre con buena intención, le hace al otro algo cruel sin querer: le dice que no tiene derecho a estar donde está. Le pide que abandone su tristeza, que la maquille, que se apure a estar bien para aliviar la incomodidad del que escucha. Y entonces el que sufría queda doblemente solo: solo en su dolor, y solo además en tener que defender su derecho a sentirlo. La persona que llegó buscando un lugar donde estar triste sin que la apuren descubre que tampoco ahí puede simplemente estar mal.

Renunciar a dirigir, en ese caso, significa algo tan difícil como quedarse al lado del otro en su tristeza sin tratar de moverlo de ahí. “Qué feo lo que estás viviendo.” “Tiene todo el sentido que estés así.” No hay en esas frases ningún intento de mejorar el estado del otro, ningún empujón hacia la salida, ninguna agenda de “ponerlo bien”. Hay solo una compañía que no exige nada, ni siquiera que el otro deje de sufrir. Y, paradójicamente, es esa compañía sin agenda la que más alivia. Porque al que está triste no le sirve que lo apuren a estar bien: le sirve sentir que puede estar mal con

alguien al lado, sin tener que disimular ni acelerar su recuperación para tranquilizar a los demás. El que renuncia a dirigir la emoción del otro le hace un regalo enorme: el de poder sentir lo que siente durante el tiempo que necesite sentirlo, que es la única manera en que las emociones, dejadas en paz, terminan transformándose solas.

Hay una raíz común debajo de todas estas formas de dirigir, y es la incomodidad con la incertidumbre. Dirigir la conversación es una manera de no quedarse sin saber adónde va. Si uno la conduce, sabe dónde va a terminar; si la suelta, no tiene idea, y eso angustia. Por eso dirigir da una falsa sensación de seguridad: mientras uno lleva el timón, no hay sorpresas. Pero el precio de esa seguridad es altísimo, porque al eliminar la sorpresa se elimina también todo lo verdaderamente valioso de hablar con otro. Lo único que justifica conversar con alguien, en vez de hablar solo, es que el otro tiene adentro cosas que uno no conoce, que puede sorprendernos, mostrarnos algo que no veíamos, llevarnos a un lugar donde no íbamos a ir por nuestra cuenta. El que dirige cancela esa posibilidad. Le hace al otro las preguntas cuyas respuestas ya sabe, lo lleva por el camino que ya conoce, y termina exactamente donde habría terminado solo. Conversó con alguien y no se enteró de nada que no supiera. Usó al otro como espejo de lo que ya pensaba.

Y acá aparece lo que de verdad se gana al renunciar a dirigir, que es mucho más de lo que se pierde. Cuando uno suelta el volante, el otro aparece. No la versión del otro que uno esperaba, no las respuestas que uno venía a buscar, sino el otro real, con sus ideas inesperadas, sus matices, sus contradicciones, su modo propio de ver las cosas. Uno se entera de lo que el amigo piensa de verdad, no de lo que uno suponía que pensaba. Descubre que el problema que el amigo tenía no era el que uno había diagnosticado, que la salida que uno le proponía no tenía nada que ver con lo que él necesitaba, que detrás de lo que contaba había otra cosa que jamás habría salido bajo el empuje de las preguntas dirigidas. El que renuncia a dirigir cambia el control por el descubrimiento,

y el descubrimiento es infinitamente más interesante que el control. Las personas que dejan de dirigir las conversaciones suelen volverse, sin proponérselo, las personas con las que más vale la pena hablar, porque con ellas las conversaciones van a lugares reales en vez de a destinos prefabricados.

Esta renuncia, como todas las de este libro, no se logra de un día para el otro, y conviene no exigírselo. La mano busca el volante por costumbre; la pregunta dirigida sale sola, sobre todo cuando uno quiere ayudar y cree que ayudar es señalar el camino. Lo primero, como siempre, es notarlo: notar el momento en que uno empieza a empujar al otro hacia una conclusión, a hacer preguntas cuya respuesta ya tiene decidida, a redirigir una tristeza que lo incomoda. En ese instante de darse cuenta está la libertad de elegir otra cosa. Y la otra cosa no es callarse ni desentenderse: es poner lo propio sobre la mesa con honestidad, sin disfrazarlo de pregunta, y después apartarse y dejar que el otro haga con eso lo que quiera. Es estar presente sin destino. Acompañar sin saber adónde va la cosa, y tolerar el no saber. Quien aprende esta renuncia descubre que las conversaciones, libradas a su propio curso, llegan casi siempre a lugares más verdaderos que aquellos a los que uno las quería llevar. Y descubre algo más, que prepara el capítulo que sigue: que para acompañar al otro sin dirigirlo no hacen falta preguntas, que casi todo lo que uno quiere decir puede decirse de otra manera, y que aprender a decirlo es lo que transforma para siempre el modo de estar con la gente.

Conviene agregar una última cosa, porque es la que más cuesta soltar de todas. Buena parte del impulso de dirigir nace de la necesidad de ser útil, de servir para algo, de no quedar como alguien que estuvo ahí sin aportar nada. Frente a un amigo que sufre o que duda, uno siente que debe entregar algo —una solución, un consejo, una salida— para justificar su presencia, y como las preguntas dirigidas parecen el camino más rápido hacia ese aporte, brotan solas. Pero hay una idea liberadora escondida en todo esto: muchas veces el aporte más grande es no aportar nada, en el sentido de no traer soluciones, y limitarse a estar. La presencia

que no resuelve nada resuelve, a su manera, lo único que hacía falta, que era no estar solo. El que se anima a acompañar sin la urgencia de ser útil descubre que era útil precisamente por eso, por no haber tratado de serlo. Renunciar a dirigir incluye, entonces, esta renuncia más honda: la de dejar de necesitar que la conversación demuestre cuánto valemós. Cuando uno suelta esa necesidad, suelta también el volante, y recién entonces puede estar de verdad con el otro, sin agenda, sin destino, sin más tarea que la de estar ahí.

Capítulo 6

Decir en lugar de preguntar

Llega el momento de lo concreto. Hasta acá se vio qué es la pregunta, de dónde viene, qué deja en el otro y qué hay que soltar para hablar distinto. Pero queda en pie una duda práctica, la más razonable de todas: si uno renuncia a preguntar, ¿qué dice? Porque la pregunta, con todos sus problemas, al menos llena el espacio, mantiene el contacto, evita el silencio incómodo. Si uno la saca, parece que queda un hueco. Y la buena noticia, la que cambia todo, es que ese hueco no existe. Detrás de casi cada pregunta que uno hace hay algo que uno en realidad quiere decir, una afirmación esperando salir, y el arte de hablar sin preguntar consiste, en buena medida, en encontrar esa afirmación escondida y decirla en voz alta. No es callarse. Es decir, en lugar de preguntar.

Para verlo bien conviene un terreno donde esto se juega todos los días, sin grandes dramas, en pequeño: el trato con los vecinos, con las caras conocidas de la cuadra, con la gente que uno cruza a diario sin intimidad pero con continuidad. El que atiende el negocio de la esquina, el vecino del palier, la persona que saca el perro a la misma hora que uno. Son vínculos menores, pero son muchos, y componen buena parte del clima de un día. Y casi todos están gobernados por el mismo ritual hueco: el “¿cómo andás? ¿todo bien?” de cada mañana, esa pregunta que se dice y se responde

sin que nadie escuche, mil veces, durante años, sin que pase jamás nada entre las dos personas. Es la pregunta más muerta que existe, justamente porque se repite tanto. Y es el mejor lugar para empezar a aprender, porque cualquier cosa viva que uno ponga en su lugar se nota enseguida.

El primer modo de decir en lugar de preguntar es el más simple: comentar lo que está pasando, el presente compartido, eso que los dos tienen delante. En vez del “¿cómo andás?” de cada mañana, uno puede decir “qué fresco amaneció hoy”, o “mirá cómo quedó la calle con todas las hojas”, o “se siente que ya llega la primavera”. Ninguna de esas frases le pide nada al otro. No lo obligan a producir un estado, no lo ponen a rendir cuenta de su humor. Apenas señalan algo que está ahí, a la vista de los dos, y al señalarlo crean un pequeño territorio común donde pararse juntos un segundo. El otro puede responder lo que quiera, sumar algo, o simplemente asentir, y en cualquier caso hubo contacto, hubo un instante de estar juntos, sin que nadie tuviera que examinarse. Parece poco, y es muchísimo, porque transforma un saludo muerto en un encuentro vivo, y lo hace sin esfuerzo, cambiando una pregunta por un comentario.

El segundo modo es todavía más poderoso, y consiste en compartir algo de uno en lugar de pedirle algo al otro. La conversación se mueve por reciprocidad: cuando alguien se muestra, el otro se siente invitado a mostrarse, sin que se lo pidan. Entonces, en vez de arrancar la charla con el vecino preguntándole cómo amaneció, uno puede contar lo propio: “hoy me costó un montón arrancar”, “me levanté con toda la energía, no sé por qué”, “vengo durmiendo pésimo esta semana”. Al decir esto, uno no le saca nada al otro; le ofrece una puerta. Y el otro, casi siempre, entra por esa puerta y cuenta lo suyo: “uy, a mí me pasa lo mismo”, “qué suerte, yo ando muerto”. De golpe los dos están hablando de verdad, compartiendo algo real, y nadie tuvo que preguntar nada. La diferencia con la pregunta es enorme: la pregunta dice “mostrame vos primero, yo miro”; el compartir dice “yo me muestro, y vos si querés también”.

Lo primero es una exigencia disfrazada de interés. Lo segundo es un acto de confianza que invita a la confianza.

El tercer modo es el de nombrar lo que uno ve en el otro, pero acá hace falta un cuidado enorme, porque es donde más fácil se arruina todo. Nombrar lo que uno ve puede ser un regalo o puede ser un golpe, y la diferencia está en una sola cosa: que esté libre de juicio. Cuando uno le dice a un vecino “pero que buenos zapatos”, “qué bien te sienta ese sombrero”, le está dando algo, un reconocimiento, una mirada amable que el otro recibe como una caricia. Pero si uno cae en la tentación de nombrar lo que ve con una valoración adentro —“te veo más gordo”, “qué cara de cansado tenés”, “estás muy flaco, ¿comés bien?”— entonces hizo algo peor que preguntar: emitió un juicio sobre el cuerpo o el estado del otro, lo puso en evidencia, lo obligó a defenderse. Reemplazar una pregunta por un juicio no es ningún avance; es un retroceso. La regla, acá, es que lo que uno dice sobre el otro tiene que ser un don, no una evaluación. Si lo que uno está por decir mejora el día del otro, se dice. Si lo señala, lo mide o lo expone, se calla. Decir en lugar de preguntar no es decir cualquier cosa: es decir lo que suma, nunca lo que pesa.

Hay un ejemplo que muestra como ningún otro la potencia de observar en vez de preguntar, y es el del vecino que tiene algo que cuida con orgullo: una huerta, un jardín, un auto viejo que mantiene impecable, lo que sea. El reflejo es preguntar: “¿cómo va la huerta?”. Es una pregunta amable, sin maldad, pero igual es una pregunta, igual le pide al otro que produzca un informe sobre el estado de su huerta. Compárese con lo que pasa si, en lugar de preguntar, uno nombra lo que ve: “están bárbaras las tomateras, se ven desde la vereda”. El efecto es completamente distinto. El vecino no recibe una solicitud de datos: recibe un reconocimiento de algo que le importa, una señal de que su trabajo se nota, se ve, vale. Y entonces se ilumina, y empieza a contar solo —cómo las plantó, qué problema tuvo con los bichos, qué piensa sembrar el mes que viene— todo lo que la pregunta le habría sacado con esfuerzo, ahora brotando sin que nadie se lo pida. Observar lo

que el otro hace con cariño le da permiso para hablar de eso con alegría. Preguntarle por eso lo pone, aunque sea un poco, a rendir cuentas. El resultado, en la superficie, puede parecer el mismo —en los dos casos el vecino habla de su huerta— pero lo que el vecino siente es opuesto, y lo que queda entre los dos es opuesto.

El cuarto modo es el de ofrecer en lugar de averiguar. Cuando uno cruza a un vecino que parece estar atravesando algo —se lo ve apagado, callado, con la cara cargada—, el reflejo es preguntar: “¿qué te pasa? ¿estás bien?”. Y ya se vio en qué deriva eso: el otro, sorprendido en el palier, sin ganas de abrir su intimidad ahí, contesta “nada, todo bien”, y se cierra. La pregunta lo obligó a decidir, en un segundo y en un lugar inadecuado, entre confesar o mentir, y eligió mentir, y quedó más solo. Hay otra cosa que uno puede hacer, y es no pedir explicaciones sino dejar abierta una puerta. “Cualquier cosa, sabés dónde encontrarme.” “Te dejo tranquilo, pero acá estoy para lo que necesites.” Estas frases no interrogan. No exigen que el otro cuente nada. Apenas le hacen saber que hay alguien disponible, sin condiciones, sin necesidad de explicar. Y el vecino que no fue interrogado, que no tuvo que defenderse de ninguna pregunta, muchas veces vuelve por esa puerta más tarde, cuando esté listo, porque la puerta quedó abierta sin presión. La gente no se abre cuando la abren a la fuerza: se abre cuando siente que puede hacerlo a su tiempo, y eso es exactamente lo que ofrece el que pone a disposición en vez de averiguar.

Conviene detenerse en el modo de ofrecer ayuda, porque ahí se esconde una trampa fina. “¿Necesitás algo?” parece generoso, y lo es en intención, pero pone al otro en el lugar incómodo de tener que pedir, de admitir una necesidad, de quedar en deuda. Mucha gente, ante esa pregunta, dice que no aunque sí necesite, justamente para no tener que pedir. En cambio, el ofrecimiento concreto y liviano funciona distinto: “voy al mercado, te traigo algo de paso si querés”, “dejá que te ayudo con eso”, “si alguna vez necesitás que te reciba un paquete, golpeá nomás”. Estas frases no obligan al otro a reconocer una necesidad ni a pedir nada: ponen algo a disposición que el otro puede tomar o no, sin costo. La

diferencia entre “¿necesitás algo?” y “te traigo algo de paso si querés” es la diferencia entre hacer que el otro pida y darle algo que pueda simplemente aceptar. Y aceptar es siempre más fácil que pedir.

Vale la pena imaginar cómo este modo de hablar, sostenido en el tiempo, va construyendo algo donde antes no había nada. Pensemos en el negocio de la esquina, en esa persona que uno ve casi todos los días y a la que, durante años, apenas le dijo “¿todo bien?” mientras pagaba. Ese vínculo está congelado: dos personas que se cruzan a diario y no saben nada una de otra, atrapadas en un saludo que no dice nada. Supongamos que un día, en lugar del “¿todo bien?”, uno comenta algo vivo: “qué movido lo tienen hoy”, o “me encanta cómo huele esto a la mañana”, o simplemente “qué bueno encontrarlos siempre abiertos tan temprano”. No es nada del otro mundo. Pero al día siguiente, quizá, uno suma otra cosa, y al otro día otra, y el de atrás del mostrador, que también estaba cansado del saludo muerto, empieza a responder distinto, a contar algo, a esperar el cruce con uno. Sin que nadie se lo propusiera, lo que era un trámite se fue volviendo un pequeño vínculo real, una de esas relaciones menores que sin embargo abrigan un día. Y todo ese cambio no nació de ninguna pregunta. Nació de haber empezado a decir, en lugar de preguntar, cosas pequeñas y verdaderas. Las preguntas mantienen los vínculos congelados en el ritual; los comentarios vivos los descongelan, de a poco, hasta que un día uno descubre que tiene, repartidos por el barrio, un montón de vínculos chicos que le hacen bien, y que ninguno de ellos se construyó interrogando a nadie.

Todo esto descansa sobre un mismo gesto interior, que es el verdadero corazón del asunto: antes de soltar una pregunta, detenerse un instante y averiguar qué es lo que uno quiere de verdad. Casi siempre, debajo de la pregunta, hay una afirmación esperando. Debajo del “¿cómo andás?” suele haber un “me alegra verte”. Debajo del “¿en qué andás?” suele haber un “me interesa tu vida, sos alguien que me cae bien”. Debajo del “¿necesitás algo?” suele haber un “quiero estar disponible para vos”. Si uno aprende a

hacer esa pequeña pausa y a preguntarse qué afirmación está empujando detrás de la pregunta, descubre que casi siempre puede decir esa afirmación directamente, y que dicha así produce un efecto muchísimo mejor que la pregunta que la disfrazaba. La pregunta pide; la afirmación da. Y entre dos personas, lo que uno no es lo que uno le saca al otro, sino lo que uno le da. Por eso el que aprende a decir en lugar de preguntar no solo deja de incomodar: empieza a regalar, en cada cruce mínimo del día, pequeñas dosis de reconocimiento que la gente recibe con gratitud sin saber bien por qué.

Hay que decir, para que no haya malentendidos, que esto no convierte a uno en alguien que nunca pregunta nada. Sería artificial, hasta raro. Quedan en pie las preguntas que de verdad buscan un dato necesario, y quedan también esas pocas preguntas que abren de verdad, las que uno hace cuando el otro ya está contando algo y uno quiere acompañarlo más hondo: “¿y eso cómo te cayó?”, dicho en el momento justo, no interroga, abraza. Lo que cambia no es que desaparezcan todas las preguntas, sino que dejan de ser el modo por defecto, el reflejo automático con que uno tapa cualquier silencio o muestra cualquier interés. Cuando uno tiene a mano el comentar, el compartir, el observar con generosidad y el ofrecer, la pregunta deja de ser la única herramienta y pasa a ser una entre varias, que se usa cuando de verdad hace falta y no por costumbre. Y un día uno se descubre cruzando al vecino de toda la vida y, en lugar del “¿todo bien?” de siempre, diciéndole algo vivo, algo que de verdad le pasa o que de verdad ve, y nota que el vecino, por primera vez en años, le contesta algo vivo también. Ahí se entiende, de un modo que ninguna explicación alcanza, todo lo que este libro vino a decir: que se puede estar con la gente sin pedirle nada, y que esa es, casi siempre, la mejor manera de estar.

Esto se entrena en lo pequeño, y conviene empezar justamente ahí, en los cruces sin importancia, porque son los de menor riesgo y mayor frecuencia.

Y hay una recompensa que aparece pronto, que no es la del otro sino la de uno mismo. Un día entero está hecho, en buena parte, de estos cruces menores: el ascensor, la vereda, el mostrador, el palier, el saludo de la mañana. Cuando todos esos cruces están gobernados por preguntas muertas, el día tiene una textura gris, de trámite, en la que uno toca a mucha gente sin encontrarse con nadie. Pero cuando uno empieza a decir en lugar de preguntar, cada uno de esos cruces se vuelve un pequeño contacto vivo, y el día entero cambia de color. Uno termina la jornada habiendo dado decenas de pequeñas dosis de reconocimiento y habiendo recibido otras tantas, y eso, acumulado, hace una diferencia enorme en cómo se siente estar vivo entre otros. El que reparte preguntas cosecha respuestas defensivas y termina el día vagamente solo. El que reparte comentarios vivos, observaciones generosas, ofrecimientos sin condiciones, cosecha encuentros, y termina el día con la sensación cálida de haber estado, de verdad, entre personas. No es poca cosa: es buena parte de lo que hace que una vida cotidiana se sienta habitada o se sienta vacía.

Si uno espera a las conversaciones importantes para probar este modo de hablar, va a fallar, porque en lo importante los reflejos viejos son más fuertes. Pero el saludo al panadero, el cruce con el vecino, el “buen día” a la cara conocida de cada mañana son laboratorios perfectos: ahí uno puede ir reemplazando, de a una, las preguntas muertas por comentarios vivos, sin que nada grave dependa del resultado. Y a medida que se practica en lo chico, el modo nuevo se va volviendo natural, va dejando de ser un esfuerzo para convertirse en una manera de estar, hasta que un día aparece solo en las conversaciones que sí importan, sin que uno tenga que pensarlo. Así se aprende esto: no decidiéndolo de golpe para toda la vida, sino cambiando una pregunta por una afirmación, hoy, con la primera persona que uno cruce, y viendo lo que pasa. Lo que pasa, casi siempre, sorprende.

Capítulo 7

Una pausa en el día del otro

Hay un momento del día en que todo lo que este libro propone se vuelve decisivo, y es el regreso a casa. Después de horas en el mundo —del trabajo, de los trámites, de la calle, de las mil pequeñas exigencias que componen una jornada—, una persona vuelve a su casa cargada. Trae encima el cansancio de haber estado todo el día rindiendo cuentas, produciéndose, respondiendo preguntas, sosteniéndose frente a otros. Y vuelve, sin saberlo del todo, buscando una sola cosa: un lugar donde por fin no haya que rendir nada. La casa debería ser ese lugar. El único en el mundo donde uno puede aflojar, donde nadie lo examina, donde puede estar mal sin tener que explicar por qué. Pero muchas veces no lo es. Muchas veces la casa es apenas otra sala de interrogatorio, la última del día, y entonces la persona descubre que no tiene adónde ir a descansar, porque hasta su refugio le pide cuentas.

Conviene mirar la escena más común de todas: alguien llega a su casa después de un día difícil, y antes de que pueda sacarse el abrigo, antes de sentarse, antes de respirar, ya cae la primera ronda. “¿Cómo te fue? ¿Qué tal el día? ¿Hablaste con la persona que tenías que hablar? ¿Resolviste lo del banco? ¿Te llamó tu hermano?” El que llega, que venía agotado de un día entero de preguntas, recibe en la puerta de su casa más preguntas. El refugio

se le convirtió en una extensión de la oficina. Y entonces hace lo que ya sabe hacer: contesta lo mínimo, “bien”, “después te cuento”, “ahora no”, y se encierra un poco más, no porque no quiera a quien le pregunta, sino porque no le quedan fuerzas para una ronda más. El que preguntó, casi siempre con cariño genuino, con ganas reales de saber del otro, se queda con la sensación de que el otro volvió de mal humor, distante, cerrado. Y no entiende que fue su recibimiento, su catarata de preguntas bienintencionadas, lo que terminó de cerrar a alguien que venía buscando, justamente, un lugar donde poder abrirse sin que se lo pidan.

Porque ahí está la paradoja que recorre todo este capítulo: el que más quiere que el otro le cuente su día es muchas veces el que, a fuerza de preguntar, logra que no le cuente nada. La pregunta apurada, hecha en el umbral, llega en el peor momento, cuando el otro todavía no aterrizó, cuando todavía tiene el día encima y necesita unos minutos para soltarlo. Y existe otra manera de recibir, que no exige nada y que cambia por completo lo que pasa después. “Qué bueno que llegaste.” Y nada más. O un abrazo sin palabras. O comentar algo liviano y propio: “estuve toda la tarde con la cabeza en cualquier lado”, “mirá lo que hice de cenar”. El que recibe así no le pide al otro que produzca un informe de su jornada. Le ofrece un lugar blando donde caer. Le da unos minutos para aterrizar. Y casi siempre ocurre que, un rato más tarde, ya descansado, ya aflojado, el que llegó empieza a contar solo, sin que nadie le haya preguntado nada. Cuenta porque le nació, porque encontró un lugar tranquilo donde contar, y lo que cuenta así sale mucho más hondo que cualquier respuesta arrancada en la puerta. El que renuncia a preguntar en el umbral se entera, al final, de mucho más de lo que cualquier interrogatorio le habría sacado.

Lo mismo ocurre, y de manera todavía más delicada, con los chicos que vuelven de la escuela. El reflejo es recibirlos con la ronda de siempre: “¿Cómo te fue? ¿Qué te pusieron? ¿Hiciste la tarea? ¿Te portaste bien? ¿Comiste todo?” El chico, que también viene de un día entero de que lo evalúen, de que lo midan, de que le pidan cosas, llega a su casa y recibe más de lo mismo. Y

aprende, temprano, una lección triste: que la casa es otro lugar donde lo interrogan, que volver a casa es volver a rendir examen. Entonces contesta “bien”, “nada”, “ya la hice”, y se va a su cuarto, y los padres se quedan con la sensación de que el hijo no les cuenta nada, sin advertir que ellos mismos, con su recibimiento, le enseñaron que en casa hay que defenderse. El que recibe a un chico sin interrogarlo —con un “qué bueno tenerte de vuelta”, con algo rico esperándolo, con un comentario sobre el propio día, con la sola presencia disponible y tranquila— le da algo que vale muchísimo más que las respuestas que sacaría preguntando: le da un hogar donde no hay que rendir cuentas. Y el chico que tiene un hogar así, donde no lo interrogan, es justamente el que termina contando todo, porque cuenta desde la confianza y no desde la obligación. Los hijos no se abren en los hogares que los interrogan; se abren en los hogares donde sienten que pueden estar sin ser examinados.

La mesa familiar, a la hora de comer, es el escenario donde todo esto se condensa, porque ahí se junta toda la casa después del día. Y la mesa puede ser dos cosas muy distintas. Puede ser una ronda de informes, donde cada uno tiene que dar cuenta de su jornada por turno, donde el silencio de alguien se interpreta como un problema que hay que investigar —“¿qué te pasa que estás tan callado?”—, donde se interroga a cada uno sobre lo que hizo y dejó de hacer. O puede ser un lugar donde simplemente se está junto, donde se comenta lo que pasó en el mundo, donde se comparte algo de cada uno sin obligar a nadie, donde el que tiene ganas de hablar habla y el que tiene ganas de callar puede callar sin que su silencio sea un delito que hay que esclarecer. La diferencia entre una mesa y otra es la diferencia entre una familia que se reúne a rendir cuentas y una familia que se reúne a descansar junta. Y esa diferencia, sostenida día tras día, año tras año, hace dos clases de personas muy distintas: las que crecieron sintiendo que en su casa había que justificarse, y las que crecieron sabiendo que su casa era el lugar donde no hacía falta.

Hay otra forma en que la casa se vuelve un interrogatorio, y esta no viene del que llega sino del que está. Es el interrogatorio logístico, el de las tareas y los pendientes, que cae sobre el otro apenas cruza la puerta: “¿pagaste la luz? ¿llamaste al plomero? ¿sacaste turno con el médico? ¿pasaste por la farmacia? ¿le contestaste a mi mamá?”. Cada una de esas preguntas, por separado, es razonable; juntas, y disparadas en el momento del reencuentro, convierten el hogar en una oficina donde dos personas se administran mutuamente la vida. El que llega siente que en su casa no lo esperaba alguien con ganas de verlo, sino una lista de cosas que controlar. La convivencia tiene, claro, una dimensión de organización que no se puede evitar, hay cuentas que pagar y trámites que hacer y todo eso requiere coordinarse. Pero hay una diferencia enorme entre resolver eso en un momento acordado, tranquilo, y descargarlo sobre el otro en la puerta, mezclado con el saludo, de modo que lo primero que recibe al volver a casa sea una auditoría. Reservar el reencuentro para el encuentro, y dejar la logística para después, es una de las formas más concretas de cuidar el clima de una casa. Lo primero que reciba el otro al llegar no debería ser una pregunta sobre lo que falta hacer, sino una señal de que llegar a casa es bueno.

Hay un punto en todo esto que merece un cuidado especial, porque es donde la buena intención se vuelve trampa. Muchas personas quieren tanto que en su casa haya buen clima, que terminan exigiendo el buen clima, y al exigirlo lo destruyen. Aparece entonces otra clase de interrogatorio, disfrazado de preocupación amorosa: “¿por qué estás de mal humor? acá estamos todos bien, no traigas la mala onda”, “¿qué te pasa que tenés esa cara?”, “¿no podés poner un poco de tu parte?”. El que llega cargado, que necesitaba un lugar donde poder estar mal en paz, descubre que tampoco ahí puede: que su mal humor incomoda, que le piden que lo abandone, que tiene que fingir un bienestar que no siente para no arruinar el clima de los demás. Y entonces el hogar, que debía ser el lugar donde por fin no había que actuar, se vuelve un escenario más donde hay que disimular. Un verdadero refugio

incluye el derecho a estar de mal humor sin tener que explicarlo ni justificarlo. Incluye que uno pueda llegar mal, sentarse callado, y que nadie lo interrogue ni le exija mejorar. Decirle a alguien que viene mal “te noto cansado, quedate tranquilo, yo me encargo de todo esta noche” es ofrecerle un refugio. Preguntarle “¿qué te pasa?” con tono de reproche es quitárselo. El buen clima de una casa no se consigue exigiéndolo; se consigue, al revés, dejando que cada uno esté como esté, sin pedirle cuentas de su estado.

Esto revela algo importante sobre la naturaleza del buen clima, y es que nunca puede ser una agenda. En cuanto uno se propone generar buen clima, en cuanto lo persigue, lo arruina, porque empieza a presionar al otro para que colabore con ese objetivo, y la presión es exactamente lo contrario de un clima cálido. El buen clima es un subproducto, algo que aparece solo, sin que nadie lo busque, cuando las personas dejan de pedirse cuentas las unas a las otras. Brota en las casas donde uno puede llegar, ser recibido sin interrogatorio, estar como esté, hablar o callar, y sentir que su sola presencia alcanza, que no tiene que producir nada para merecer su lugar. En esas casas la confianza crece sola, porque la confianza es justamente eso: la certeza de que uno puede mostrarse tal cual está sin ser evaluado por ello. Donde se interroga, hay vigilancia, y la vigilancia mata la confianza. Donde se ofrece presencia sin pedir cuentas, hay refugio, y en el refugio la confianza florece sin que nadie tenga que regarla.

Conviene detenerse en lo que significa ser una pausa en el día del otro, porque esa imagen condensa toda la propuesta de este libro. Cada persona atraviesa el día recibiendo exigencias: que produzca, que responda, que rinda, que demuestre, que esté a la altura. La mayoría de sus interacciones le piden algo. Ser una pausa en el día de alguien es ser la excepción a todo eso: ser la única interacción que no le pide nada, el único rato del día en que el otro puede soltar el peso de tener que estar a la altura. El que aprende a hablar sin preguntar, sin juzgar, sin dirigir, se convierte, sin proponérselo, en esa pausa para las personas que lo rodean. Hablar con él es un alivio, un respiro, un lugar donde por

fin no hay que rendir. Y eso, que parece poco, es uno de los regalos más grandes que un ser humano le puede dar a otro, porque casi nadie lo ofrece, y casi todo el mundo lo necesita con desesperación sin saber siquiera nombrarlo.

No son los grandes momentos los que deciden el clima de una casa, sino los bordes del día. La mañana, por ejemplo, puede empezar con una pequeña ronda de control —“¿pusiste el despertador?, ¿tenés todo?, ¿no te olvidás de nada?”— que despide al otro hacia el mundo ya tensionado, ya puesto a rendir antes de salir. O puede empezar con un gesto que no pide nada: un café servido sin que lo pidan, un “que tengas un buen día” dicho de verdad, un comentario liviano que manda al otro al mundo un poco más liviano. Y la hora de dormir, el otro borde, puede ser el momento en que se pasa revista a los pendientes y a los reproches del día, o puede ser un rato de calma compartida donde no se le pide nada a nadie. Esos dos extremos del día, la salida y el regreso al descanso, son los que más marcan cómo se siente vivir en una casa, y son justamente los que más fácil se llenan de preguntas funcionales que convierten el hogar en una agenda. Cuidarlos, dejarlos libres de interrogatorio, es cuidar el marco entero dentro del cual transcurre todo lo demás.

Hay que decir que ser una pausa no significa ser pasivo, ni mudo, ni indiferente. La pausa no es ausencia: es una forma muy activa de presencia. Requiere estar atento al otro, leer su estado, ofrecerle lo que necesita —que a veces es conversación, a veces silencio, a veces un abrazo, a veces simplemente que lo dejen tranquilo—, y todo eso sin convertir esa atención en preguntas. Es un trabajo fino, delicado, que consiste en estar muy presente sin pesar nada. El que recibe a su pareja al final del día y sabe leer si esa noche el otro necesita hablar o necesita callar, y le ofrece lo uno o lo otro sin interrogarlo, está haciendo algo de una sutileza enorme: está cuidando sin invadir, está cerca sin pedir. Esa es la maestría hacia la que apunta todo este libro, y se entrena justamente en casa, con las personas con las que uno comparte la vida,

porque son las que más expuestas están a recibir, día tras día, lo mejor o lo peor del modo en que uno habla.

En ningún vínculo se nota esto tanto como en la pareja sostenida a lo largo de los años. Dos personas que comparten la vida tienen, cada noche, la oportunidad de ser para el otro o bien una exigencia más o bien el descanso de todas las exigencias. Con el correr del tiempo, esa elección repetida miles de veces decide la temperatura entera de una relación. Hay parejas en las que cada uno, al volver, se topa con el control del otro, con sus preguntas, con sus reproches disfrazados de interés, y entonces los dos terminan sintiendo que llegar a casa es enfrentar una jornada más después de la jornada. Y hay parejas en las que cada uno es, para el otro, el lugar donde por fin se puede aflojar, donde no hay que rendir nada, donde se puede estar mal sin dar explicaciones y bien sin tener que demostrarlo. Estas últimas no son parejas con menos problemas: son parejas en las que el modo de hablar convirtió el hogar en refugio en vez de en tribunal. Y lo notable es que esa diferencia no se juega en los grandes momentos, sino en los mínimos de cada noche: en si lo primero que el otro recibe al llegar es una pregunta que le pide cuentas o una presencia que lo recibe. Sobre esa elección pequeña, repetida durante años, se construye buena parte de lo que después llamamos un buen amor o un amor cansado.

Quien convierte su casa en un refugio descubre, con el tiempo, una recompensa que no buscaba. Descubre que la gente que vive con él, o que lo visita, se afloja apenas entra, baja los hombros, respira distinto. Descubre que le cuentan cosas que no le cuentan a nadie, no porque las haya sacado preguntando, sino porque creó el único lugar donde esas cosas podían decirse. Descubre que su casa se vuelve un imán, un sitio al que la gente quiere volver, no por lo que se hace ahí sino por cómo se siente uno ahí: liviano, recibido, libre de tener que rendir. Y descubre, sobre todo, que esa atmósfera no la construyó con grandes gestos ni con sabiduría especial, sino con algo tan simple como haber dejado de recibir a los suyos con preguntas y haber empezado a recibirlos con presen-

cia. La casa que no interroga se vuelve, casi sin que uno lo note, el lugar donde los demás van a descansar del mundo. Y no hay mejor cosa que una persona pueda llegar a ser, para los que la rodean, que una pausa en su día: el rato en que, por fin, no se les pide nada.

Capítulo 8

Ni salvador ni iluminado

Llegado a este punto del libro, una persona corre un peligro nuevo, y es de los más sutiles que existen, porque viene disfrazado de virtud. El peligro es empezar a sentirse superior. Después de ver con claridad cómo funcionan las preguntas, después de aprender a hablar de otro modo, después de notar el alivio que produce en los demás, es casi inevitable que aparezca una pequeña voz interior que dice: yo ya entendí algo que la mayoría no entiende, yo no oprimo como oprimen los otros, yo evolucioné. Y en el instante mismo en que esa voz aparece, todo lo que el libro vino a construir corre el riesgo de derrumbarse, porque ese modo de hablar que nació para no pesarle al otro se convierte, de golpe, en un motivo de orgullo, en una manera de mirar a los demás desde arriba. La misma herramienta que servía para no oprimir pasa a ser un instrumento de superioridad. Y un instrumento de superioridad, por más refinado que sea, oprime igual, solo que ahora lo hace desde un lugar que se cree iluminado.

Conviene mirar la primera forma que toma este peligro, que es la del que corrige a los demás. Alguien que aprendió a hablar sin preguntar empieza a notar, en todos lados, las preguntas de los otros. Las escucha por todas partes, las identifica, le saltan a la vista. Y entonces siente la tentación de señalarlas. Un amigo

le pregunta algo de la manera de siempre, y en lugar de simplemente responderle, le contesta con una corrección: “¿te das cuenta de que me estás interrogando?”, “deberías dejar de hacer tantas preguntas”, “eso que hacés es ponerme a rendir cuentas”. El que dice esto cree que está compartiendo una sabiduría, ayudando al otro a ver algo. Pero hagamos el ejercicio de ponernos en el lugar del que recibe esa corrección. Estaba hablando tranquilo, con cariño, del único modo que conoce, y de pronto lo señalan, lo evalúan, le explican que lo está haciendo mal. Se siente expuesto, inferior, puesto en falta. O sea: el que corrige acaba de hacer, en una forma nueva y peor, exactamente lo que el libro enseña a no hacer. Acaba de oprimir al otro, de juzgarlo, de cargarle un peso. Con el agravante de que lo hizo en nombre de una doctrina sobre cómo no oprimir. No hay nada que arruine más rápido este modo de hablar que ponerse a enseñárselo, sin que lo pidan, a la gente que uno tiene cerca.

Lo correcto, frente a la pregunta de un amigo que habla del modo de siempre, es lo más simple del mundo: contestarle con calidez, estar presente, ofrecerle lo que el libro propone, pero sin nombrarlo jamás, sin convertirlo en lección, sin señalar nada. Si uno habla bien con los demás, los demás lo notan, sin necesidad de que se los expliquen. El que se siente bien hablando con uno no necesita saber por qué; lo siente, y con eso alcanza. Y si alguna vez alguien pregunta, genuinamente interesado, qué es eso que uno hace que hace que las conversaciones sean tan distintas, recién ahí, y con humildad, uno podrá contar algo. Pero la regla es clara: esto no se predica. Se vive. Y se vive en silencio, sin convertirlo en una bandera, porque en cuanto se vuelve bandera deja de servir a los demás y empieza a servir al propio ego.

Hay una deformación todavía peor que la del que corrige, y aparece dentro de los vínculos más cercanos, donde uno tiene la confianza suficiente como para usar lo aprendido como arma. Es el que, en medio de una discusión con su pareja o con un familiar, esgrime el “dejá de interrogarme” como un reproche, o se niega a contestar una pregunta legítima escudándose en que “eso es un

interrogatorio”, o le devuelve al otro, con tono de reproche, “¿ves cómo me preguntás todo?”. Acá la idea, que nació para aliviar a los demás, se convirtió en un cuchillo para herirlos. El que hace esto tomó una herramienta de generosidad y la transformó en un mecanismo de defensa y de ataque, en una manera de tener razón, de poner al otro en falta, de eludir lo que no quiere responder. Y es difícil imaginar una traición más completa al espíritu del libro, porque no solo oprime al otro, sino que lo oprime usando precisamente el lenguaje de la no opresión, dejándolo sin defensa, porque cualquier cosa que el otro diga puede ser tachada de “nueva pregunta”. El que recibe este trato queda doblemente lastimado: por el rechazo y por no poder ni siquiera nombrarlo, ya que el que lo rechaza tiene de su lado un discurso entero sobre por qué tiene razón. Nada de esto tiene que ver con lo que el libro propone. Una pregunta hecha con amor, aunque sea torpe, merece siempre una respuesta dada con amor, nunca una lección sobre cómo no debió haberse preguntado. El que usa estas ideas para no responderle a quien lo quiere no entendió nada, por más páginas que haya leído.

Hay una segunda forma del peligro, más callada y por eso más difícil de detectar, que es la del que juzga en silencio. Esta no corrige a nadie, no dice nada, pero por dentro se ha vuelto un observador implacable de las preguntas ajenas. Ve a un familiar acribillar a un chico a preguntas y piensa, para sus adentros: “qué manera de oprimir, pobre criatura, yo jamás haría eso”. Ve a un conocido interrogar a otro en una reunión y siente una mezcla de lástima y desprecio. Se ha convertido en una especie de juez secreto que va por la vida evaluando cómo habla la gente y encontrándola, una y otra vez, inferior a él. Y aunque no diga nada, ese juicio interior es venenoso, porque lo aleja de los demás, lo llena de una superioridad fría, y traiciona el espíritu mismo de lo que aprendió. Porque todo este libro nació de la comprensión, no de la condena. Nació de entender que los que preguntan no son malos ni torpes, sino personas que repiten un patrón heredado que nadie eligió. El que juzga a los que preguntan olvidó lo primero que el libro enseñó: que él mismo preguntó así toda su vida, que

él mismo lo sigue haciendo más de lo que cree, y que la única diferencia entre él y los que ahora juzga es que a él le tocó, por algún motivo, detenerse a mirarlo. Eso no lo hace superior. Lo hace, apenas, alguien que tuvo la suerte de ver algo, y lo que se debe frente a esa suerte no es desprecio por los que todavía no la tuvieron, sino una gratitud silenciosa y una ternura mayor hacia ellos.

Conviene recordar, contra la tentación del juicio, que los que preguntan casi siempre preguntan por amor. La madre que interroga al hijo lo hace porque lo quiere y tiene miedo. El amigo que dispara preguntas lo hace porque le importa y no sabe cómo mostrarlo de otra manera. El que pregunta torpemente está, casi siempre, intentando acercarse, intentando cuidar, intentando ocupar un lugar en la vida del otro. Hay en esas preguntas, debajo de su forma incómoda, un afecto real, a veces enorme. El que las juzga desde su supuesta evolución no está viendo el afecto: está viendo solo la forma, y despreciando la forma, desprecia sin querer el amor que la habita. Hace falta mucha más comprensión, no menos, para ver a alguien preguntar mal y reconocer, debajo, el cariño que no encontró mejor manera de salir. Esa comprensión es la que el libro buscaba despertar, y es exactamente lo que se pierde cuando uno se cree iluminado.

La tercera forma del peligro es quizá la más insidiosa, porque imita la virtud a la perfección: es la del que se vuelve salvador, la del que adopta la pose del sereno, del sabio, del que tiene la calma que los demás no tienen. Sucede sobre todo cuando alguien está pasando un mal momento. El que se cree iluminado se acerca con una serenidad estudiada, escucha con una calma demasiado perfecta, asiente con una comprensión que se nota practicada, y se instala en el papel del que está por encima del problema, del que va a sostener al pobre que sufre. Cree que está ofreciendo presencia. En realidad está ofreciendo una actuación de presencia, y el que sufre lo percibe. Percibe que enfrente no tiene a un igual sino a alguien que se posiciona como superior, como el fuerte frente al débil, como el que tiene la respuesta frente al que está perdi-

do. Y eso, lejos de aliviar, agrega un peso nuevo: el de sentirse un proyecto que alguien está gestionando, un caso, un paciente. La compasión que se exhibe no es compasión: es una forma de superioridad vestida de bondad. Y se siente como tal.

La diferencia entre la presencia verdadera y la pose del salvador es difícil de describir pero imposible de no notar cuando uno la recibe. La presencia verdadera viene de un igual, de alguien que también sufre, que también se equivoca, que no está por encima de nada, que simplemente está al lado. No exhibe calma; está, sin más. No actúa comprensión; comprende, y por eso no necesita demostrarlo. El salvador, en cambio, siempre tiene un ojo puesto en su propia imagen, en cómo se ve sosteniéndolo al otro, en lo bien que le sale esto de acompañar. Y ese ojo puesto en sí mismo es lo que delata todo, porque el que está pendiente de cómo se ve acompañando no está acompañando: se está mirando. La presencia verdadera es invisible, no busca ser admirada, no deja en el otro la sensación de haber sido socorrido por alguien superior, sino apenas la sensación tibia de no haber estado solo. El que acompaña bien desaparece en el acompañar; el salvador, en cambio, está siempre un poco en primer plano, ocupando con su serenidad un lugar que debería ser del otro.

Todo esto desemboca en una aclaración que es el corazón de este capítulo, y que conviene decir sin vueltas: esto no es salvacionismo. Uno no es el salvador de nadie. No tiene una verdad para llevarles a los que todavía no la ven, ni una misión de iluminar al prójimo, ni un lugar más alto desde el cual mirar al resto de la humanidad que sigue preguntando. La propuesta de este libro es infinitamente más humilde, casi modesta: se trata, apenas, de no sumar opresión al día del otro. Nada más que eso. No de salvarlo, no de mejorarlo, no de elevarlo, no de enseñarle a vivir. Solo de no agregar, a su jornada ya cargada de exigencias, una exigencia más. Es un objetivo pequeño, sin grandeza, sin heroísmo, y justamente por eso es verdadero. En cuanto uno lo infla, en cuanto lo convierte en una misión salvadora o en una prueba de su propia superioridad espiritual, lo traiciona, porque le agrega al otro el

peso de nuestra grandeza, que es uno de los pesos más difíciles de cargar.

Hay una prueba simple para saber si uno cayó en la trampa, y es preguntarse, con honestidad, para quién está hablando uno cuando habla. Si uno renuncia a preguntar, si ofrece presencia, si se calla las correcciones, pero lo hace para que los demás noten lo bien que habla, lo evolucionado que está, lo sereno que es, entonces todo eso ya no es para el otro: es para uno mismo, es un espejo donde uno se admira. Y en cuanto el modo de hablar se vuelve un espejo, deja de servirle a nadie salvo al propio ego. La pregunta verdadera, la única que importa, es si lo que uno hace está al servicio del otro o al servicio de la imagen que uno quiere dar. Y la respuesta honesta, muchas veces, es incómoda, porque es facilísimo deslizarse de lo uno a lo otro sin darse cuenta, empezar ofreciendo presencia genuina y terminar actuando una presencia que busca ser vista. El antídoto contra eso no es dejar de hablar bien, sino vigilar humildemente las propias intenciones, y volver, cada vez que uno se descubre actuando, al objetivo pequeño y verdadero: el otro, su alivio, su descanso, y no la propia gloria.

Conviene, además, no creerse nunca llegado. El que piensa que ya domina esto, que ya superó las preguntas, que ya es esa persona evolucionada que habla distinto, está, justamente por pensarlo, más lejos que nunca. Porque la verdad es que uno sigue preguntando, sigue dirigiendo, sigue juzgando, sigue oprimiendo a los demás de mil maneras, todos los días, aunque haya leído mil libros sobre cómo no hacerlo. Nadie llega. Esto no es un destino al que se arriba sino una dirección hacia la que uno se inclina, con tropezones, retrocesos, días buenos y días pésimos, durante toda la vida. El que se cree llegado dejó de caminar, y al dejar de caminar empezó a retroceder, porque en estas cosas no hay meseta: o uno sigue mirándose con honestidad y mejora de a poco, o se acomoda en la ilusión de haber llegado y se vuelve, sin notarlo, insoportable. La humildad de saberse siempre en camino no es un adorno moral: es la condición misma para que este modo de hablar no se pudra en superioridad.

Conviene agregar algo sobre la gente que uno tiene alrededor, que en general seguirá preguntando como siempre, sin que nuestra transformación les importe ni la noten. Sería un error esperar que cambien, y peor todavía exigirselo, aunque sea en silencio, con un suspiro de fastidio cada vez que nos interrogan. Porque exigirle al otro que deje de preguntar es, en sí mismo, una exigencia, otra carga, exactamente lo que uno juró no agregar. La única persona sobre cuyo modo de hablar uno tiene poder es uno mismo. A los demás se los recibe como hablan, con su ritual heredado intacto, sin pedirles que lo abandonen, sin esperar reciprocidad. Y lo curioso es que, muchas veces, la gente que nos rodea termina hablándonos distinto sin que se lo hayamos pedido, simplemente porque con nosotros se siente cómoda de un modo que no sabe explicar. Pero eso, si llega, llega como un regalo no buscado, jamás como el resultado de una exigencia. Esperarlo ya sería arruinarlo.

Al final, todo se reduce a una elección entre dos maneras de tener la misma perspectiva. Uno puede tener esta mirada sobre las preguntas y los vínculos, y sostenerla con orgullo, convirtiéndola en una prueba de que es mejor que los demás, en cuyo caso la mirada lo aísla, lo endurece y lo vuelve, paradójicamente, alguien más opresivo, más juzgador, más difícil de tratar. O puede tener exactamente la misma mirada y sostenerla con humildad, recordando que él también pregunta, que los que preguntan lo hacen por amor, que su único objetivo es no pesar, y que no es el salvador de nadie, en cuyo caso la mirada lo ablanda, lo acerca a los demás y lo vuelve esa presencia liviana que el libro entero viene persiguiendo. La diferencia entre las dos no está en lo que uno sabe, sino en cómo lo sostiene. Y por eso este capítulo, el más incómodo de todos, es también el más importante: porque sin él, todo lo demás se da vuelta y se convierte en su contrario. El que aprendió a no preguntar y se cree por eso superior no aprendió nada. El que aprendió a no preguntar y sigue sintiéndose, con ternura, uno más entre los que tropiezan, ese empezó, de verdad, a hablar distinto.

Capítulo 9

Volverse ineludible sin proponérselo

Hay una palabra que conviene decir, ahora que el libro se acerca a su final, sobre lo que le pasa a una persona que, sin proponérselo, fue dejando de interrogar a los demás. Algo cambia en cómo el mundo se relaciona con ella, y ese cambio es difícil de notar al principio porque es lento y silencioso, pero al cabo de un tiempo se vuelve innegable: la gente empieza a buscarla. Empieza a quedarse cerca de ella en las reuniones, a llamarla cuando está mal, a sentarse a su lado, a contarle cosas que no le cuenta a nadie. Se convierte, casi sin saberlo, en alguien a quien los demás vuelven, en una presencia que la gente prefiere, que extraña cuando no está, que se ha vuelto, de algún modo, necesaria. Y lo notable es que no hizo nada para lograrlo. No se propuso caer bien, no buscó ser interesante, no desplegó ningún encanto. Simplemente dejó de pedirle cosas a la gente, y la gente, que vive pidiéndole cosas a todo el mundo y a quien todo el mundo le pide cosas, encontró en ella un lugar raro donde por fin no le pedían nada, y a ese lugar quiso volver.

Para entender cómo sucede esto conviene mirar el momento en que uno conoce a alguien nuevo, porque ahí se juega muchísimo en muy poco tiempo. Cuando dos personas que no se conocen empiezan a hablar, lo habitual es el interrogatorio mutuo de pre-

sentación: “¿a qué te dedicás?, ¿de dónde sos?, ¿estás casado?, ¿tenés hijos?”. Cada uno le toma examen al otro, lo ubica, lo clasifica, y la conversación avanza como un formulario que se completa entre dos. Es eficiente y es vacío: al final los dos saben datos uno del otro y no se conocieron en nada. Pero supongamos que uno, al conocer a alguien, en lugar de tomarle examen, le ofrece algo: comenta lo que está pasando alrededor, comparte una impresión propia, observa con generosidad algo del otro, está presente sin interrogar. El que recibe ese trato siente, sin saber por qué, que esta conversación es distinta de todas las que tuvo en el día. Siente que no lo están evaluando, que puede aflojarse, que por una vez no tiene que producir una versión presentable de sí mismo. Y entonces, paradójicamente, se muestra mucho más, porque la gente se muestra cuando no la examinan. Esa primera conversación, que para los demás habría sido un trámite, se vuelve un encuentro real, y el otro se va recordando a esa persona rara con la que se sintió, desde el primer minuto, extrañamente cómodo. Así nacen muchos de los vínculos más fuertes: no de un interrogatorio bien hecho, sino de la ausencia de interrogatorio.

Hay una dimensión de todo esto que el libro fue rodeando sin nombrarla del todo, y que ahora, al final, hay que poner en el centro: el silencio. Porque hablar sin preguntar desemboca, tarde o temprano, en aprender a estar con el otro sin necesidad de llenar cada hueco con palabras. El que interroga le tiene terror al silencio; lo tapa siempre con una pregunta, como se vio desde el primer capítulo. El que aprendió a hablar distinto, en cambio, va perdiendo ese miedo, y descubre algo que casi nadie conoce: que el silencio compartido, lejos de ser un vacío incómodo, es una de las formas más altas de intimidad. Dos personas que pueden estar juntas en silencio, sin que ese silencio pese, sin que ninguna sienta la urgencia de rellenarlo, han llegado a un lugar al que la mayoría de los vínculos no llega nunca. Ahí ya no hace falta decir nada para estar acompañado. La sola presencia del otro alcanza. Y poder ofrecerle a alguien un silencio así —un silencio en el que el otro no tiene que actuar, ni responder, ni entretener, ni rendir—

es uno de los regalos más grandes que existen, justamente porque es rarísimo. Casi todo el mundo, cuando se calla, lo hace incómodo, esperando que el otro diga algo. Poder callar en paz al lado de alguien es una forma de decirle: estoy bien con vos sin que pase nada, no necesito que me des nada, me alcanza con que estés.

En ningún momento se ve esto con tanta claridad como cuando alguien atraviesa un dolor verdadero, una pérdida, un duelo. Frente al que acaba de perder a alguien, casi todo el mundo se pone nervioso y reacciona del único modo que conoce: llenando el silencio insoportable con palabras. Pregunta cómo pasó, pregunta cómo está, ofrece frases hechas, consejos, explicaciones, cualquier cosa con tal de no quedarse en el silencio enorme que abre el dolor. Y el que sufre, que no tiene ninguna respuesta que dar, que apenas puede sostenerse, queda obligado a atender a los demás en medio de su propia tragedia. Ahí, más que en ningún lado, se entiende lo que vale una presencia que no pregunta nada. El que se sienta al lado del que sufre y simplemente está —una mano sobre el hombro, una compañía callada, un “acá estoy” y nada más— le da exactamente lo que necesita, que no es ninguna palabra sino la certeza de no estar solo. No hay pregunta que sirva frente a un dolor así; no hay frase que lo arregle. Solo sirve la presencia muda, paciente, que no exige que el otro hable ni que se reponga ni que diga nada. El que aprendió a estar en silencio al lado de alguien puede ofrecer, en los peores momentos de la vida de los demás, lo único que de verdad consuela. Y esa capacidad no se aprende con técnicas: se aprende perdiéndole el miedo al silencio, que es adonde lleva, al final, todo este camino.

Lo mismo vale para la escucha, que es quizá la forma más pura de decir sin preguntar. Escuchar de verdad —no esperar el turno para hablar, no preparar mentalmente la próxima pregunta mientras el otro habla, no estar pensando en qué responder, sino simplemente escuchar— es un acto de presencia tan intenso que casi nadie lo practica. La mayoría, cuando parece que escucha, en realidad está esperando. Espera el hueco para meter su anécdota, su consejo, su pregunta, su opinión. Y el que habla lo nota, nota

que del otro lado no hay una escucha sino una sala de espera, y se desinfla. En cambio, cuando alguien escucha de verdad, con todo el cuerpo, sin apuro, sin agenda, el que habla lo siente como una caricia rara, como si por una vez tuviera toda la atención de otro ser humano, que es algo que casi nunca se tiene. Escuchar así no requiere ninguna pregunta. Requiere, al contrario, callarse las preguntas, callarse los consejos, callarse hasta los gestos de impaciencia, y dejar que el otro ocupe todo el espacio. El que sabe escuchar de ese modo no necesita preguntar nada para que la gente se le abra: se le abre sola, porque encontró por fin un lugar donde la escuchan.

Hay, además, toda una conversación que ocurre sin palabras, y que el que aprende a hablar sin preguntar empieza a manejar con cuidado. Es la conversación del cuerpo: la mirada, la postura, el ritmo, la atención. Uno puede estar diciendo las palabras más generosas del mundo mientras el cuerpo dice otra cosa —mientras mira el teléfono, mientras tiene un pie apuntando hacia la salida, mientras contesta con apuro como quien quiere terminar pronto—, y el otro va a creerle al cuerpo, no a las palabras. La presencia verdadera se nota sobre todo ahí, en lo no dicho: en que uno no tenga apuro, en que mire a los ojos sin incomodar, en que su cuerpo entero comunique que no hay ningún otro lugar donde preferiría estar en ese momento. Esa atención plena, sin distracción, sin reloj, es algo que la gente recibe rarísima vez, porque casi todos, mientras están con uno, están a medias, pensando en lo que sigue, mirando por encima del hombro. Regalarle a alguien la experiencia de tener, por un rato, la atención completa de otro ser humano —sin que esa atención se traduzca en preguntas, sin que pese, simplemente posada sobre él como una luz tibia— es quizá la forma más alta de decir sin preguntar. No hace falta ninguna palabra para hacerlo. Hace falta, apenas, estar de verdad donde uno está, con quien uno está, sin la cabeza en otra parte. Y eso, que suena tan simple, es de lo más difícil y de lo más escaso que hay.

Y acá vale la pena detenerse en la palabra del título de este capítulo, porque encierra toda una paradoja. Uno se vuelve ineludible —alguien a quien los demás no pueden dejar de buscar— precisamente cuando deja de proponérselo. Esto es decisivo, y enlaza con todo lo del capítulo anterior. Si uno empieza a hablar de este modo para volverse interesante, para que la gente lo busque, para ser esa presencia magnética que todos prefieren, fracasa, porque el otro percibe la intención, percibe que detrás de la aparente generosidad hay un cálculo, un querer gustar, un buscar algo, y eso lo aleja. La presencia que atrae es justamente la que no busca atraer. El que de verdad no necesita que lo busquen, el que ofrece su presencia sin esperar nada a cambio, ni siquiera el afecto del otro, es el que termina, sin quererlo, siendo buscado. Hay algo profundamente cierto en esto: lo que vuelve a alguien irresistible no es lo que hace para serlo, sino la ausencia total de ese esfuerzo. La gente huele el cálculo a kilómetros, y huele también, con la misma claridad, la generosidad sin segundas intenciones, y va hacia la segunda como va el sediento hacia el agua. Por eso no se puede usar este libro como un manual de seducción social. En el instante en que se lo usa así, deja de funcionar. Solo funciona cuando uno ya no lo usa para nada, cuando dejó de hablar bien para conseguir algo y empezó a hablar bien simplemente porque es el modo en que quiere tratar a los demás.

Conviene ser honesto sobre lo que este libro entregó y lo que no. No entregó un método. No hubo pasos, ni técnicas numeradas, ni fórmulas para repetir, ni frases mágicas para memorizar. Quien haya buscado eso quizá se sienta defraudado, pero esa defraudación es, en sí misma, parte de lo que el libro quería provocar. Porque un método se aplica desde afuera, mecánicamente, y produce gente que habla bien de manera artificial, calculada, postiza, y eso se nota y no sirve. Lo que el libro intentó, en cambio, fue otra cosa, más lenta y más profunda: prestarle al lector una mirada con la cual observarse a sí mismo. No decirle cómo tiene que hablar, sino ayudarlo a ver cómo habla, a escucharse, a notar las

preguntas saliendo, a percibir lo que producen en los demás. Y esa mirada, una vez prestada, ya no se devuelve. El que aprendió a verse hablar no puede dejar de verse. Va a seguir notando, por el resto de su vida, cada vez que esté por interrogar a alguien, cada vez que dirija una conversación, cada vez que tape un silencio con una pregunta. Y en ese notar está toda la libertad. Porque uno no puede elegir lo que no ve, pero todo lo que ve, puede elegirlo. El libro no cambió al lector diciéndole qué hacer. Lo cambió ayudándolo a ver, y dejando que él, desde esa visión nueva, eligiera solo.

Eso significa que la transformación, si ocurre, no se siente como obediencia a una regla, sino como un descubrimiento propio. Un día, en medio de una conversación cualquiera, uno se sorprende a sí mismo a punto de lanzar la pregunta de siempre, y se detiene, y elige otra cosa, y ve el efecto distinto que produce, y entiende, en carne propia, algo que ningún libro podría haberle metido en la cabeza. Ese entender desde adentro es la única transformación que dura. La que viene de afuera, de que a uno le digan cómo ser, se cae a la primera dificultad. La que viene de haberse visto a uno mismo con claridad echa raíces, porque ya no depende de recordar ninguna instrucción: depende, apenas, de seguir mirándose, que es algo que, una vez que se empieza, cuesta dejar de hacer. El lector que llegó hasta acá no se lleva un conjunto de cosas para aplicar. Se lleva una manera nueva de escucharse, y con ella, la capacidad de corregirse solo, una y otra vez, durante toda la vida, sin necesidad de que nadie le repita nada.

Habrán días en que todo esto se olvide. Días de cansancio, de bronca, de apuro, en que uno interrogará, dirigirá, juzgará y oprimirá a los demás como antes, peor que antes. Eso es esperable y no importa demasiado. Lo que cambió no es que uno ya no falle, sino que ahora, cuando falla, lo nota. Y notarlo es suficiente, porque el que nota su propia opresión ya está, en ese mismo acto, dejando de ser inconsciente de ella, y lo que se vuelve consciente puede cambiar, aunque sea de a poco, aunque sea con tropezones. No hay que pedirse perfección. Hay que pedirse, apenas, seguir mirando. Mirar cómo uno habla, qué produce en el otro, cuándo pide

y cuándo da, cuándo pesa y cuándo alivia. Esa mirada sostenida, mantenida con paciencia y sin culpa a lo largo de los años, hace más por transformar a una persona que cualquier propósito heroico de cambiar de un día para el otro. Los cambios verdaderos son lentos y vienen de mirar, no de querer.

Hay todavía una recompensa más, y es la más callada de todas, porque no le pasa a los demás sino a uno mismo. El que deja de interrogar a la gente descubre, con el tiempo, que también dejó de necesitar tantas cosas de ella. Que ya no le hace falta arrancarle al otro respuestas para sentirse acompañado, ni controlar su vida para quedarse tranquilo, ni saberlo todo para confiar. Esa renuncia a pedir, que empezó como un modo de cuidar a los demás, termina aflojando algo adentro de uno: la ansiedad de no saber, la urgencia de ocupar un lugar, el miedo a quedar afuera. Uno se vuelve, hacia los demás, más liviano, y descubre que esa misma levedad lo habita también a él. Hay una paz que llega cuando uno deja de exigirle al mundo que le rinda cuentas, y esa paz es, quizá, el regalo más inesperado de todo este camino: empezó queriendo no pesarle a los otros, y terminó pesándose menos a sí mismo.

Y al final queda esto, que es lo único que de verdad importa. En un mundo donde casi todas las interacciones piden algo —que rindas, que respondas, que produzcas, que estés a la altura—, una persona que no pide nada se vuelve un oasis. No por santa, no por iluminada, no por superior, sino simplemente porque ofrece lo más escaso que hay: un rato en que el otro no tiene que rendir cuentas de nada. Esa persona se vuelve ineludible sin haberlo buscado, querida sin haberlo pedido, buscada sin haberse ofrecido, porque le da a los demás lo único que el resto del mundo no les da, que es un lugar donde descansar de ser examinados. Y la transformación del que leyó este libro, si llega, será esa: no la de alguien que aprendió una técnica para caer mejor, sino la de alguien que, casi sin darse cuenta, se volvió para los demás una pausa, un respiro, un sitio sin exigencias. Alguien con quien, por una vez, se puede simplemente estar. No hay nada más raro que eso, ni nada más necesario. Y a esa altura ya no hace falta ninguna pregunta para

Volverse ineludible sin proponérselo

que la vida de uno esté llena de gente que quiere quedarse cerca.
Le basta con haber aprendido, por fin, a no pedir, y a estar.